

en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres" (*Nostra aetate*, 2).

Sin ignorar ni disminuir las diferencias, la Iglesia está convencida de que, para la promoción de la paz, existen algunos elementos o aspectos que puede ser útil de desarrollar y poner en práctica en unión con los seguidores de otros credos y confesiones. A esto tienden los contactos interreligiosos y, de manera especial, el diálogo ecuménico. Gracias a estas formas de encuentro y de intercambio las religiones han podido tomar una conciencia más clara de sus responsabilidades, ciertamente no pequeñas, sobre el verdadero bien de la humanidad entera. Las religiones se muestran hoy decididas más firmemente a no dejarse instrumentalizar por intereses particularistas o por fines políticos, y tienden a asumir una actitud más consciente e incisiva en la animación de las realidades sociales y culturales en la comunidad de los pueblos. Esto les permite ser una fuerza activa en el proceso de desarrollo y ofrecer así una esperanza segura a la humanidad. En no pocas ocasiones se ha evidenciado que su acción habría resultado más eficaz si se hubiera llevado a cabo conjuntamente y de manera coordinada. Este modo de proceder de los creyentes puede ser determinante para la pacificación de los pueblos y la superación de las divisiones aún existentes entre "regiones" y "mundos".

CAMINO A RECORRER

6. Para alcanzar esta meta de cooperación activa en la causa de la paz queda aún por recorrer un largo camino: es el camino del mutuo conocimiento, favorecido actualmente por el desarrollo de los medios de comunicación social y facilitado por un diálogo leal y amplio; es el camino del perdón generoso, de la reconciliación fraterna, de la colaboración incluso en sectores restringidos o secundarios, pero que llevan siempre a la misma causa; es el camino de la convivencia cotidiana en compartir esfuerzos y sacrificios para alcanzar el mismo objetivo. En este camino toca quizás a cada creyente, es decir, a las personas que profesan una religión, antes aún que a sus líderes, afrontar el esfuerzo y al mismo tiempo tener la satisfacción de construir juntos la paz.

Los contactos interreligiosos, junto con el diálogo ecuménico, parecen ahora la vía obligada para que las heridas tan dolorosas, producidas a lo largo de los siglos, ya no se repitan o se sanen pronto las que todavía quedan. El creyente debe ser artífice de paz, ante todo con el ejemplo personal de su recta actitud interior, que se proyecta también hacia afuera en acciones coherentes y en comportamientos como la serenidad, el equilibrio, la superación de los instintos, la realización de gestos de comprensión, de perdón, de generosa donación, que tienen una influencia pacificadora entre las personas del propio ambiente y de la propia comunidad religiosa y civil.

Precisamente por esto, en la próxima Jornada invito a todos los creyentes a realizar un serio examen de conciencia para estar mejor dispuestos a escuchar la voz del "Dios de la paz" (cf. 1 Co 14, 33) y dedicarse con renovada confianza a esta gran tarea. En efecto, estoy convencido de que los creyentes —y espero también que los hombres de buena voluntad— acogerán este nuevo llamamiento, cuya insistencia se debe a la gravedad del momento.

CONSTRUIR JUNTOS LA PAZ EN LA JUSTICIA

7. La oración y la acción concorde de los creyentes por la paz deben tener en cuenta los problemas y las legítimas aspiraciones de las personas y de los pueblos.

La paz es un bien fundamental que conlleva el respeto y la promoción de los valores esenciales del hombre: el derecho a la vida en todas las fases de su desarrollo; el derecho a ser debidamente considerados, independientemente de la raza, sexo o convicciones religiosas; el derecho a los bienes materiales necesarios para la vida; el derecho al trabajo y a la justa distribución de sus frutos para una convivencia ordenada y solidaria. Como hombres, como creyentes y más aún como cristianos, debemos sentirnos comprometidos a vivir estos valores de justicia, que encuentran su coronamiento en el precepto supremo de la caridad: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt 22, 39).

Una vez más quiero recordar que el riguroso respeto de la libertad religiosa y de su derecho correspondiente es principio y fundamento de la convivencia pacífica. Espero que este respeto sea un compromiso no sólo afirmado teóricamente, sino puesto realmente en práctica por los líderes políticos y religiosos, y por los mismos creyentes: es en base a su reconocimiento como asume importancia la dimensión trascendente de la persona humana.

Sería aberrante que las religiones o grupos de sus seguidores, en la interpretación y práctica de sus respectivas creencias, se dejaran arrastrar hacia formas de fundamentalismo y fanatismo, justificando con motivaciones religiosas las luchas y los conflictos con los demás. Si se da una lucha digna del hombre ésta debe ser la que va contra las propias pasiones desordenadas, contra toda clase de egoísmo, contra los intentos de opresión a los demás, contra todo tipo de odio y violencia, en una palabra, contra todo lo que se opone a la paz y a la reconciliación.

NECESARIO APOYO POR PARTE DE LOS RESPONSABLES DE LAS NACIONES

8. Exhorto, finalmente, a los responsables de las naciones y de la comunidad internacional a demostrar siempre el más grande respeto por la conciencia religiosa de cada hombre y por la cualificada aportación de la religión al progreso de la civilización y al desarrollo de los pueblos. Que no caigan en la tentación de servirse de las religiones, instrumentalizándolas como un medio de poder, especialmente cuando se trata de oponerse militarmente al adversario.

Que las mismas autoridades civiles y políticas aseguren a las religiones respeto y garantías jurídicas —a nivel nacional e internacional— evitando que la aportación de las mismas a la construcción de la paz sea marginada o relegada a la esfera privada, o incluso ignorada.

Exhorto nuevamente a las autoridades públicas a esforzarse con vigilante sentido de responsabilidad en prevenir guerras y conflictos, en hacer triunfar el derecho y la justicia, y favorecer al mismo tiempo un desarrollo que redunde en beneficio de todos y, en primer lugar, de quienes están atenazados por las cadenas de la miseria, del hambre y del sufrimiento. Son de apreciar los progresos ya conseguidos en la reducción de armamentos: los recursos económicos y financieros, empleados hasta ahora para la producción y el comercio de tantos instrumentos de muerte, podrán utilizarse en favor del hombre y ya jamás contra el hombre. Estoy convencido de que a este juicio positivo se asocian millones de hombres y mujeres de todo el mundo, que no tienen la posibilidad de hacer oír su voz.

EXHORTACION ESPECIAL PARA LOS CRISTIANOS

9. En este momento deseo dirigir una exhortación particular a todos los cristianos. La misma fe en Jesucristo nos compromete a dar un testimonio concorde del "Evangelio de la paz" (Ef 6, 15). Nos toca a nosotros, en primer lugar, abrirnos a los demás creyentes para emprender unidos a ellos, con valentía y perseverancia, la obra grandiosa de construir aquella paz que el mundo desea pero que en definitiva no sabe darse. "La paz os dejo, mi paz os doy", nos dijo Jesús (Jn 14, 27). Esta promesa divina nos infunde la esperanza, más aún, la certeza de la esperanza divina de que la paz es posible porque nada es imposible para Dios (cf. Lc 1, 37). En efecto, la verdadera paz es siempre un don de Dios; para nosotros cristianos es un don precioso del Señor resucitado (cf. Jn 20, 19, 26).

A los grandes retos del mundo contemporáneo, queridos hermanos y hermanas de la Iglesia católica, conviene responder uniendo las propias fuerzas con las de quienes comparten con nosotros algunos valores fundamentales, empezando por los de orden religioso y moral. Y entre estos retos hay que afrontar aún el de la paz.

Construirla junto con los demás creyentes es ya vivir en el espíritu de la bienaventuranza evangélica: "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5, 9).

Vaticano, 8 de diciembre de 1991.

**"URBI ET ORBI" EN LA SOLEMNIDAD
DE LA NAVIDAD DE 1991**

LA PAZ ES UNA TAREA DE TODOS

1. "Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado" (Hb 1, 5). ¡Ya ha pasado la noche de Belén, ya ha nacido el Niño de la Virgen de Nazaret! Ha nacido en un establo encontrado por el camino, "porque no tenían sitio en la posada" (Lc 2, 7).

Y ahora, en pleno día, habla el Padre Eterno: "Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado".

Resuenan aún las palabras del Evangelio de Juan, las palabras sobre el Verbo: "En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios... Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de cuanto existe" (Jn 1, 1, 3).

"La Palabra era Dios" (Jn 1, 1): ha nacido esta noche en Belén.

El Hijo de la misma naturaleza que el Padre se ha hecho hombre.

"Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros" (Jn 1, 14).

2. En la Palabra está la fuerza de la gracia y de la verdad, que él comunica a cuantos le reciben y llegan a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12): hijos en el Hijo.

¡Qué don tan inefable! Don que supera todo lo creado.

Supera al hombre que nace de sangre y de carne (cf. Jn 1, 3).

Este es también el tiempo que perfecciona al hombre, lo convierte en lo que debía ser desde el principio, lo lleva a ser plenamente imagen y semejanza de Dios.

3. "En efecto, los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Rm 8, 14).

Reciben un espíritu de hijos adoptivos, gracias al cual pueden exclamar, como el Hijo: "¡Abbá, Padre!" (Rm 8, 15).

Esta es la verdad que los jóvenes peregrinos de Europa y de diversas partes de la tierra han acogido durante su encuentro en el santuario de Jasna Góra.

Desde allí la han difundido por el mundo: "¡Abbá, Padre!"

¡Esta es la filiación que libera! "¡Abbá, Padre!"

"Este Espíritu y nuestro Espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios" (Rm 8, 16).

Somos hijos en el Hijo. En Aquel que esta noche ha nacido como uno de nosotros.

No hemos recibido un espíritu de esclavos, hemos recibido un espíritu de hijos adoptivos (cf. Rm 8, 15); por medio de él, nacido de María, la Virgen de Nazaret, exclamamos: "¡Abbá, Padre!"

4. Este mundo está lleno de sufrimiento, sufrimiento de muchos tipos y de muchas dimensiones.

Imposible sanar completamente aquello por lo que sufren los hombres en las estructuras de su existencia. Son estructuras marcadas por el pecado, siempre-pecado del hombre, pecado que aumenta y afecta a multiformes aspectos de la vida humana.

Así, el pecado repercute en el hombre como sufrimiento; y aunque se haga tanto para anular esta verdad, ésta permanece como tal: es la realidad.

Por esto —dice el Apóstol— "la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto" (Rm 8, 22).

¿Significa quizás que la existencia misma sea un mal? ¿Que la existencia sea en sí misma un sufrimiento?

5. ¡Oh noche de Belén! Así nos respondes tú: "La creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios" (Rm 8, 26).

Toda la creación espera...

El mundo no es desesperación.

"El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad" (Rm 8, 26): el mundo está marcado profundamente por este Nacimiento, que tiene su principio eterno en el Padre y su culmen en la tierra en esta noche de Belén, a la cual la Iglesia del Verbo encarnado vuelve cada año para vivir constantemente de ella.

Los sufrimientos del momento presente ¿son quizás comparables a la gloria que se ha de manifestar en nosotros? (cf. Rm 8, 18).

6. A nuestro mundo, marcado por los desafíos de la época, revela, oh Verbo encarnado, la gloria y la felicidad futura.

Apoya la valentía, mantén vigilante el compromiso de los jóvenes de cada raza y nación: ellos tienen necesidad de luz, en el umbral del tercer milenio, para acoger el exigente Evangelio que libera y salva.

Que la consigna de Czeszochowa: "Yo soy, me acuerdo, velo" no se olvide en el futuro de la Iglesia, antes bien haga fructífera la esperanza que tiene cada uno.

Se abre una inédita época misionera: el reciente Sínodo para Europa ha recordado a los creyentes que todos estamos invitados a proclamar que Cristo vive entre nosotros, solidario con nuestras auténticas expectativas y esperanzas.

7. El es solidario con los pueblos de la tierra, que, cercanos cada vez más entre sí, quieren encontrarse en la verdad.

En Europa, después de la caída de los muros de la división y de la incompreensión, crece el deseo de conocerse mejor y el anhelo del mutuo entendimiento y colaboración.

Naciones diversas buscan nuevas formas de convivencia y se esfuerzan con grande esperanza en conciliar las propias historias y armonizar las respectivas culturas, aunque a veces sea con incertidumbres y retrasos por antiguas tensiones y rencores aún no superados.

Los pueblos de Tierra Santa, que han visto nacer al Redentor, han emprendido finalmente el camino del diálogo y de la paz.

En África se va consolidando en varias naciones, como objetivo compartido y deseado, un creciente respeto por los derechos del hombre y por sus libertades fundamentales.

En Asia, no obstante persistan algunas tensiones, afloran tímidos signos de un despertar del sentido de justicia y de paz.

Y América Central se esfuerza en abandonar la lógica suicida de la violencia, por un entendimiento común cada vez más pleno.

8. Cristianos de todos los continentes, comprometidos en el fatigoso pero necesario camino de la unidad y de la paz, y vosotros, hombres de buena voluntad que me escucháis, acudamos todos como peregrinos al portal de Belén.

En la gruta, en la que Jesús habla de inocencia y de paz, entremos para escuchar una lección tan fundamental.

Acude, humanidad dispersa y temerosa, a implorar la paz, don y tarea para todo hombre de nobles y generosos sentimientos.

¡Basta de odios y vejaciones!

No más guerra en Yugoslavia, no más guerra en la querida tierra de Croacia y en las regiones cercanas, donde pasiones y violencias desafían a la razón y la cordura.

No más indiferencia y silencio para quien pide comprensión y solidaridad, para el lamento de quien sigue muriendo de hambre, entre despilfarros y abundancia de bienes.

¿Cómo olvidarse de quien sufre, de quien está solo o abandonado, triste o descorazonado, de quien no tiene casa ni trabajo, de quien es víctima de opresiones y vejaciones, y de las múltiples formas del totalitarismo contemporáneo?

¿Cómo se puede permitir que los intereses económicos reduzcan a la persona a un objeto de ganancia, que criaturas aún no nacidas sean eliminadas, que niños inocentes sean humillados y explotados, que ancianos y enfermos estén marginados y abandonados?

9. Sólo tú, Verbo Encarnado, nacido de María, puedes convertirnos en hermanos, hijos en el Hijo, hijos a semejanza del Hijo.

Nos ha sido revelada la gloria futura por medio de ti, Hijo de María, Hijo del hombre, por medio del cual podemos exclamar: "¡Abbá, Padre!".

Por medio de ti...

¡Amén!

Homilias

DURANTE
LA MISA CELEBRADA
EN LA PARROQUIA
DE SAN HIGINIO
DOMINGO, 20 DE ENERO

EL TEMPLO NOS PERMITE ENTRAR EN COMUNION CON DIOS Y CON NUESTROS HERMANOS

1. "En medio de vosotros estará mi morada: yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo" (*Aclamación antes del Evangelio*).

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de San Higinio, estas palabras, que nos han introducido en la proclamación del evangelio de hoy, nos permiten descubrir también el sentido y el alcance de la celebración que estamos realizando.

La liturgia de la dedicación de una iglesia ofrece un rico mensaje, no sólo respecto a la destinación del edificio en el que la comunidad cristiana está convocada para celebrar los misterios de la redención, sino también a fin de tomar conciencia más viva del significado sacramental del edificio mismo.

Este, en efecto, no es sólo un lugar destinado a la reunión de los fieles y de cuantos deseen encontrar a Dios y entrar en diálogo con él; es también la *imagen de la Iglesia*, templo vivo de Dios; *es signo de Cristo*, que habla a su pueblo a través de las Escrituras y que perpetúa sobre el altar su sacrificio pascual.

Como ya exhortaba san Agustín a sus fieles, dejados guiar también vosotros, queridos hermanos, por los ritos y las oraciones de manera que "cuanto vemos hecho materialmente aquí en las paredes, sea hecho espiritualmente en las almas; y esto que vemos cumplido en las piedras y en las maderas, se cumpla en vuestros corazones por obra de la gracia de Dios" (*Serm. 336*).

2. La humanidad de Jesús, asumida de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, se ha convertido en la "morada", en la que reside la plenitud de la divinidad (cf. *Col 2, 9*). Acogiendo la palabra del Señor y poniéndose en contacto con estos gestos salvíficos que él realiza para la liberación integral del hombre y que se actualizan en los sacramentos de la Iglesia, los creyentes "entran" en este

templo santo y realizan la comunión con Dios y con sus hermanos.

En esta perspectiva, la Iglesia en su conjunto y en cada uno de sus miembros, nacidos a una vida nueva por el agua y por el Espíritu, es verdaderamente el templo de Dios, en el que resplandece la luz de la verdad y del que se irradia la fuerza de la caridad sobre toda la tierra.

Se comprenden así plenamente las palabras del apóstol Pedro que hemos escuchado en la segunda lectura: "También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo" (1 P 2, 5).

La Iglesia es el templo de Dios porque está fundada en Cristo, piedra angular, está organizada en la caridad por el poder del Espíritu y permanece enraizada en el testimonio y en la enseñanza de los Apóstoles.

El culto para el que está habilitada, en virtud de la participación en el sacerdocio de Cristo, no se expresa únicamente en ritos externos y realizados en un templo material, sino que está destinado a consumarse en el corazón y en la vida de los creyentes. Jesús mismo lo anuncia a la samaritana como culto "en espíritu y en verdad", es decir, animado por el Espíritu y, por tanto, "interior".

Por este motivo la iglesia-edificio, en cuanto construcción visible, se transforma en "signo" de la Iglesia peregrina en el tiempo y en imagen de la Iglesia santa en el cielo.

3. Comprenderéis, pues, queridos hermanos y hermanas, cuáles son los compromisos que brotan de esta celebración para la vida y la misión de vuestra comunidad parroquial.

Hoy llega a su fin para vosotros una larga espera y se cumple un sueño acariciado durante muchos años: tener, como familia de Dios, una "casa" en la que entrar en comunión con el Padre y con los hermanos.

Aquí la asamblea santa, reunida alrededor del altar, celebrará el memorial de la Pascua y se alimentará en la mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo. Aquí la fuente de la gracia lavará las culpas de los hombres para que, muertos al pecado, resuciten a la vida del Espíritu. Aquí resonará gozosa la alabanza que unirá vuestras voces con las del coro de los ángeles y se elevará a Dios la súplica incesante por la salvación del mundo. Aquí os detendréis para recuperar energías en vuestro caminar juntos hacia la Jerusalén celestial (cf. *Oración de la dedicación*).

Pero habiendo acabado ya la construcción de la iglesia-edificio, os queda ahora, queridos hermanos, el compromiso de seguir construyendo la Iglesia viva que sois vosotros mismos, alimentando vuestra vida espiritual con las "energías de la salvación" que se reparten aquí y poniendo al servicio de los demás los dones recibidos del Espíritu para la misión.

Así, vuestra comunidad parroquial llegará a ser un signo de esperanza también para quienes no conocen a Dios o lo han abandonado. ¡Ojalá que todos reciban aquí acogida y ayuda para encontrar a Dios e invocarlo, y se sientan como en su casa! "Que aquí el pobre encuentra misericordia, el oprimido obtenga la libertad verdadera y todos los hombres gocen de la libertad de los hijos de Dios". (*Oración de la dedicación*).

No sólo a vosotros, sino también a toda la Iglesia de Roma compete esta responsabilidad, mediante el *Sínodo pastoral diocesano*, que ya ha entrado en la fase celebrativa con las asambleas de prefectura comenzadas el domingo pasado.

Objetivo principal del Sínodo es, en efecto, hacer redescubrir y realizar con

renovado empeño la comunión eclesial, y estimular la misión evangelizadora que desde aquí se irradia hacia las familias y hacia el territorio.

4. Me alegra poder meditar hoy con vosotros, queridos hermanos y hermanas de esta joven comunidad parroquial de San Higinio Papa, estas verdades de fe que se desprenden de la dedicación de vuestra nueva iglesia, fruto de vuestra solidaridad espiritual y material y de vuestros sacrificios. Me congratulo con vosotros por este hermoso testimonio de vida comunitaria.

Dirijo a todos vosotros, mi saludo cordial, formulando votos de felicidad. Saludo en particular al nuevo pro-vicario general, al arzobispo mons. Camilo Ruini, que por primera vez toma parte conmigo en la visita de una parroquia romana. Con él saludo al obispo del sector norte, mons. Salvatore Boccaccio: a vuestro diligente párroco, Matteo Rus, y a sus colaboradores en la obra de evangelización de esta zona de Roma, denominada Colli Aniene: un barrio de reciente construcción que necesita una profunda acción pastoral para animar todas las realidades de la vida cristiana.

La actual celebración de la dedicación de esta Iglesia me ofrece la oportunidad de expresar mi gratitud a cuantos, en el ámbito de la Obra romana para la preservación de la fe y para la provisión de nuevas iglesias, han prestado su generosa y calificada colaboración. Para ellos invoco las recompensas del Señor, dador de todos los bienes.

Deseo saludar, además, a las familias religiosas que colaboran en el contexto de las iniciativas parroquiales, sobre todo en la educación de los niños y de los jóvenes, y en la asistencia a los ancianos, los enfermos y los marginados.

Saludo, por último, a los grupos juveniles de *scouts*, a los movimientos eclesiales y a los novios que siguen el curso de preparación al matrimonio: les expreso mi aliento y mi reconocimiento por su compromiso cristiano.

Os digo a todos: amad a vuestra Iglesia, sentidla como vuestra casa y prestad vuestra colaboración. Haced que sea también para los alejados y los distraídos, los indiferentes y los perdidos, un punto de referencia, una llamada a los valores de la trascendencia y un puerto seguro de salvación y de paz.

5. El Papa, Obispo de Roma, os repite las mismas palabras que el sacerdote Esdras pronunció ante la asamblea del pueblo de Israel, al regreso del exilio: "Este día está consagrado al Señor nuestro Dios" (cf. *Primera lectura*).

También hoy para vosotros, en este templo construido para la gloria de Dios, se renueva en la gloria la celebración del día del Señor.

Os deseo que esa gloria se repita cada domingo, día consagrado a Dios, día de la Pascua, día de la convocación y de la misión de la Iglesia.

Amén.

**DURANTE
LA CELEBRACION EUCARISTICA
EN LA PARROQUIA
DEDICADA AL PAPA SAN MARTIN I,
DOMINGO 3 DE FEBRERO**

**TODOS PARTICIPAMOS, AUNQUE DE MODO DIVERSO,
DE LA VOCACION Y MISION PROFETICA DE JESUS**

1. "El Señor tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis" (Dt 18, 15).

En las laderas del monte Sinaí, después de haber liberado a Israel de la esclavitud de Egipto, Dios concluye una alianza con él y lo constituye como su pueblo, su "especial propiedad", llamándolo a vivir en la fidelidad a las diez palabras de la alianza y a testimoniar ante todas las naciones las maravillas que él realiza.

Para garantizar todo esto, Dios hace una promesa: suscitará profetas en el seno de su pueblo y para su servicio. Pondrá en su boca su palabra, para que sean sus portavoces y sus testigos, y así ayuden al pueblo a permanecer fiel a la alianza.

Con vistas a esta delicada misión, Dios asegura a los profetas la fuerza del Espíritu, los acompaña con su presencia y los sostiene en las dificultades. La historia del antiguo pueblo de Dios conoció espléndidas figuras de profetas, que contribuyeron a mantener viva la fe y la conciencia de la alianza.

2. La promesa que Dios hizo a Moisés "el día de la asamblea", se ha cumplido plenamente, queridos hermanos y hermanas, en la persona y en la obra de Cristo.

En efecto, Dios, que "habló en el pasado a nuestros padres por medio de

los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (Hb 1, 1). Consagrado por el Espíritu en el bautismo, él se muestra desde el comienzo como el verdadero y gran profeta que habla y obra para revelar el reino de Dios y salvar al hombre.

Prueba de esto es el episodio que tuvo lugar en la sinagoga de Cafarnaúm, el sábado, y que acabamos de escuchar en el Evangelio. En esa ocasión, Jesús habla con autoridad, y no como los escribas y los maestros de la ley. Habla como Dios, como su palabra viva, confiando así a su mensaje la fuerza que brota de esta realidad. No explica lo que otros han dicho, ni recurre a la autoridad de otros: él mismo es capaz de expresar la voluntad y la exigencia de Dios.

Su enseñanza, además, tiene autoridad, dado que no es sólo palabra, sino también gesto. Es palabra que redime y salva. Lo demuestra el milagro hecho en la misma sinagoga de Cafarnaúm. Jesús libera al hombre del poder de Satanás, que lo lacera y lo hace esclavo, y le devuelve la dignidad de persona creada a "imagen de Dios". Esto pone de manifiesto la irreductible contraposición entre Jesús y el maligno: Jesús es "el santo de Dios"; Satanás es "el espíritu inundo".

3. Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de San Martín I, el Conci-

lio Vaticano II, en la constitución *Lumen gentium*, recuerda que la misión profética de Jesús no acaba con su muerte y su resurrección. Está destinada a prolongarse en el tiempo, por medio de la presencia y la acción de la Iglesia, pueblo de la nueva alianza. Por el don del Espíritu y mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, el Señor Jesús "cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y los dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra, para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social" (35).

El testimonio profético reviste una fuerza particular cuando asume las características de la libertad interior, de la dedicación total a las exigencias del reino de Dios y del compromiso radical a luchar contra toda forma de mal. Esto ocurre de manera plena en el estado virginal y en el celibato elegido por el reino de los cielos: o sea, en aquellos que, libremente y para responder a una llamada especial por parte del Señor, se entregan completamente a él, se consagran a su servicio y recorren el camino de un amor incondicional hacia los hermanos, renunciando al matrimonio. De esta forma, libres de las cosas terrenas y de los impedimentos humanos, se convierten en testigos de la resurrección, constructores de la Iglesia, artífices de un mundo nuevo y signo profético de la vida futura, como nos lo recuerda san Pablo en la segunda lectura de la liturgia de este día.

4. La vocación y la misión profética, aunque de modo diverso, corresponden a todos en la Iglesia. Es necesario tomar conciencia y dar una respuesta comprometida, sobre todo en un momento como el actual en que la comunidad eclesial romana, y cada uno de sus

miembros, están llamados con el *Sinodo pastoral diocesano* a un nuevo anuncio del Evangelio.

En la historia de los hombres, pero sin contagiarnos de la mentalidad secularizada que os rodea, debéis, "por el testimonio de la vida y por la palabra" (*Lumen gentium* 35), pregonar la novedad del reino de Dios y defender, y difundir los valores vinculados a él, aunque esto pueda exponeros a la incompreensión y, quizá, también a la persecución. Ello será la prueba y la mejor garantía de que estáis caminando por la senda de los antiguos profetas y, por encima de todo, por la senda de Cristo, que ha pagado personalmente, con el don de su vida, la fidelidad al proyecto que el Padre le había encomendado para salvar a la humanidad.

Eso mismo os digo a vosotros, laicos que estáis llamados a hacer presente el reino de Dios en las condiciones comunes del mundo: en el trabajo, en la profesión y en la vida económica, social y política.

A vosotros, religiosos y religiosas, que estáis consagrados a Dios y habéis sido enviados para transformar el mundo a la luz de las bienaventuranzas: para testimoniar la verdad e irradiar la caridad de Cristo hacia todos los que están oprimidos o esclavizados, hacia todos los que sufren o están marginados: y para ofrecer un espacio de esperanza a cuantos buscan a Dios y a cuantos invocan y anhelan la plena y definitiva liberación.

Lo digo a todos los que son sensibles a los valores auténticamente humanos. El primero, entre todos ellos, es la vida, que tiene su origen en Dios y su punto de referencia en su proyecto de amor. La vida, que ha de ser acogida con gozo, defendida con valentía y promovida con empeño desde su concepción hasta su término natural. Es menester recordarlo principalmente en este día en que la Iglesia italiana celebra la Jornada en favor de la vida.

5. Me alegra poder compartir estas reflexiones con vosotros, queridos hermanos y hermanas de esta parroquia dedicada al Papa San Martín I, con ocasión de mi visita pastoral a vuestra comunidad.

Os saludo a todos vosotros con gran afecto, comenzando por el arzobispo mons. Camillo Ruini, pro-vicario general; al obispo auxiliar del sector este, mons. Giuseppe Mani; y al párroco, mons. Siro Todescato, quien con sus colaboradores sacerdotes se prodiga generosamente para animar de modo cristiano esta vasta zona del barrio de la vía Apia Nueva.

Saludo, asimismo, a las religiosas de Santa Teresa, dedicadas a la instrucción y a la educación de los jóvenes. Saludo especialmente a los diversos grupos que desempeñan su actividad en el ámbito de las iniciativas promovidas por la parroquia. Me refiero al grupo de catequistas y al de mujeres que asisten a las personas solas, ancianas o minusválidas;

al grupo de donantes de sangre, al de voluntarios de hospitales y al de los scouts.

Os agradezco vuestra colaboración en favor de la causa de la dilatación del reino de Dios. Ruego al Señor por todos vosotros, a fin de que crezcáis cada vez más en su amor y en este amor encontréis la razón de vuestra vida.

6. "Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo" (*Aclamación antes del evangelio*).

Sí, con la encarnación de su Hijo y con su misterio pascual, Dios nos ha salvado y, mediante la Iglesia, sigue salvando a la humanidad. Esa es vuestra tarea. Y lo será efectivamente en la medida en que respondáis a vuestra vocación profética, anunciando la palabra de Dios y testimoniándola en vuestra vida con fuerza y coherencia.

¡Que el Señor esté con vosotros y os infunda valentía!

Amén.

**DURANTE LA MISA
DEL MIÉRCOLES DE CENIZA,
EN LA BASILICA DE
SANTA SABINA**

**LA CUARESMA, TIEMPO DE PENITENCIA Y CONVERSIÓN,
ES UNA PREPARACIÓN PARA LA ALEGRÍA PASCUAL**

1. "Volved a mí de todo corazón" (Jl 2, 12).

Así habla el Señor, con palabras del profeta Joel. Habla a todos y a cada uno de nosotros. Llama al corazón. El corazón del hombre, es decir, su parte más íntima: el "yo" humano, único e irrepetible. Precisamente este "yo" debe volver. En él ha de comenzar y cumplirse el camino de retorno.

La penitencia reviste ante todo una *dimensión interior y personal*. Consiste en "desgarrar el corazón", no sólo "los vestidos" (cf. Jl 2, 13).

Aunque, según las palabras del profeta, tenemos que volver al Señor "con ayunos, con llantos y con lamentos" (Jl 2, 12), el aspecto decisivo sigue siendo "el corazón": ¡el hombre interior!

2. En el sermón de la montaña, *Jesucristo aclara aún más este aspecto*: "No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha: así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt 6, 3-4).

Se trata precisamente de esta "mirada del Padre". Es nuestro estar "a solas" con él. Este "quedar en secreto" en el espacio interior del corazón humano es condición para el "descubrimiento" del retorno.

Para este retorno es preciso crear las condiciones necesarias. Hay que *ensanchar el espacio del espíritu humano*, a fin de que pueda obrar el Espíritu Santo. Es él quien sigue "convenciendo al mundo en lo referente al pecado" (cf. Gn 16, 8). Es menester que nuestro mundo experimente la gracia de esta convicción, y para ello tiene que abrirse. Tiene que dejarse penetrar por el Espíritu de verdad. Sólo él, sólo el Espíritu de verdad, puede realizar en nosotros la transformación interior: la profunda transformación de nuestro corazón.

3. *Sólo él puede "convencer" al mundo en lo referente al pecado, mostrándole su terrible misterio*. Este misterio está en el centro de la penitencia. También está presente en todo el tiempo penitencial de Cuaresma.

El misterio del pecado es, en verdad, terrible. El apóstol Pablo nos hace ver en la liturgia de este día sus tremendas consecuencias. Exhortando a la reconciliación con Dios, escribe: "A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros" (2 Co 5, 21).

El pecado es contrario a la santidad de Dios. La misma santidad de Dios, la plenitud misma del amor, se ha empeñado en quitar el pecado.

Es necesario el espacio interior, es muy necesario "estar a solas" con este Dios que nos ha revelado en Cristo su amor "hasta el fin", para que se cumpla en nosotros el retorno y así "vengamos a ser justicia de Dios en él".

Por tanto, tenemos que estar con Cristo en Getsemaní, en medio de sus terribles sufrimientos del Viernes Santo, y en el Gólgota durante su agonía, cuando grita "¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46), a fin de que sea totalmente evidente a los ojos de nuestra alma la verdadera medida del pecado. En Cristo esta medida se vuelve evidente por la desmesurada inmensidad de su amor. Y el grito "¿Por qué me has abandonado?" es la expresión definitiva de esta medida, de este amor con el que nos ha amado "hasta el fin".

4. Así, pues, la llamada del Miércoles de ceniza se dirige al hombre interior. Pero al mismo tiempo, esta llamada tiene una resonancia exterior, comunitaria. La Iglesia como comunidad está llamada a la penitencia, al retorno. De hecho el hombre es un ser social, e incluso todo lo que hay en él de más interior se refleja en la comunidad e influye en ella. A este respecto, basta releer los respectivos párrafos de la exhortación sinodal sobre la penitencia *Reconciliatio et poenitentia*.

De esta exhortación nuestra época tiene gran necesidad. La desaparición del sentido de la penitencia, más aún, del espíritu de penitencia, nos tiene que inquietar. La penitencia, el retorno, es la condición para la salvación espiritual de los hombres y de la sociedad. Su necesidad jamás pierde valor y actualidad.

"Vuélveme la alegría de tu salvación, y en espíritu generoso afiánzame", grita el salmista (Sal 51, 14). La penitencia es condición de verdadero gozo. La Cuaresma consiste en la preparación para la alegría pascual. Se trata realmente de la plenitud de la existencia humana en la tierra. No podemos vivir aquí de otra manera, si no es volviendo... volviendo a Dios.

Por esto, en este día, en que la Iglesia comienza el ayuno de cuarenta días, repetimos con el Apóstol:

"Somos... embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!" (2 Co 5, 20). Amén.

**DURANTE
LA MISA DEL DOMINGO DE
RAMOS,
CELEBRADA EN LA
PLAZA DE SAN PEDRO**

**CRISTO VA A JERUSALEN PARA DAR SU VIDA
EN LA CRUZ POR NUESTRA REDENCION**

1. "Trajeron el pollino donde Jesús, echaron encima sus mantos y se sentó sobre él" (Mc 11, 7).

Así empezó el camino que lo conducía a Jerusalén para celebrar la Pascua, tras haber cruzado muchas calles, es más, todo el territorio de Palestina con sus propios pies. Este es el único camino que recorrió montado en un pollino. Así se cumplieron las palabras del profeta: "No temas, hija de Sión; mira que viene tu rey montado en un pollino de asna" (Jn 12, 15; cf. Zc 9, 9).

¡Viene el Rey! También los peregrinos que acompañaron a Jesús a lo largo de ese camino lo reconocieron como tal, aclamándolo: "¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!" (Lc 19, 38); "¡Hosanna al hijo de David... Hosanna en las alturas!" (Mt 21, 9).

¡Viene el Rey! A los pocos días se aclararía cuál era la naturaleza de su reino. Pero en aquel momento las profecías coincidieron, de manera admirable, con este acontecimiento. La entrada del Mesías en Jerusalén había sido prevista como la entrada de un rey.

2. Sólo él sabía a dónde lo iban a conducir los caminos de Galilea, Samaria y Judea, que recorrería durante los años de su vida. ¡El sabe también a dónde conduce el camino de este día!

Lleva en sí toda la verdad del Evangelio que anunciaba. Sabe que "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo" (Jn 12, 24). El es el grano que debe producir el fruto y que debe morir. El es el grano caído en aquella antigua tierra, que constituye una parte pequeña de toda la tierra, de todo el planeta que el Creador ha destinado como morada de todos los hombres.

El —Cristo— es también la viva encarnación de las ocho bienaventuranzas. El conoce su verdad plena, como conoce profundamente la verdad de aquellas palabras, aparentemente paradójicas: "Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt 16, 25).

El es el primero de aquellos a quienes se refieren estas palabras. El es el que entra en Jerusalén para "perder la vida, para... dar su vida como

rescate por muchos" (Mt 20, 28), para "entregarse a sí mismo" (cf. 1 Tm 2, 6). En estos próximos días, durante la Pascua de Jerusalén, la paradoja de la cruz hará descubrir toda la profundidad de la verdad que ellas contienen.

Por lo demás, ¿no decía Jesús de Nazaret "si alguien quiere venir en pos de mí... tome su cruz cada día, y sígame"? (Lc 9, 23). Dentro de pocos días, el camino que hoy conduce a la entrada triunfal en Jerusalén se transformará en el camino del condenado, que lleva la cruz para entregar en ella su vida al Padre.

3. Una vez más estáis reunidos en torno a Jesucristo, queridos jóvenes de Roma y de diversos países. Habéis aceptado que la Iglesia consagre el Domingo de Ramos a la Jornada mundial de la Juventud. Ya sabéis que, además de este día, os espera el próximo mes de agosto —tras los encuentros de Buenos Aires en Argentina y Santiago de Compostela en España— el encuentro de Czystochowa en Polonia.

En ocasiones se alzan voces que pretenden deformar el sentido de esta peregrinación. Pero está muy claro su significado: permite que Cristo hable al hombre, al hombre de nuestro tiempo; en particular, a los jóvenes, cuyas perspectivas van más allá de las fronteras del segundo milenio. Vamos en peregrinación detrás de Cristo para escuchar, más allá de las palabras y las imágenes con las que nos alimenta nuestra civilización, su palabra, en toda su sencillez y austeridad evangélicas. "Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68).

Vamos en peregrinación detrás de Cristo para conocer la verdad sobre nosotros mismos, la verdad sobre el hombre. Esta verdad no se puede separar de sus raíces eternas. No se puede separar de la verdad del Dios viviente.

En realidad, Cristo "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre" (*Gaudium et spes*, 22) y le revela su elevada vocación, de manera que sin él, sin el Evangelio, sin el Domingo de Ramos y el misterio pascual, el hombre no puede conocer plenamente la verdad sobre sí mismo.

4. ¿Quién es el hombre? El Concilio Vaticano II responde: "La única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma" (*Gaudium et spes*, 24). Por tanto, el hombre no puede "encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (*ib.*, 24). Esta respuesta es la síntesis de la verdad encerrada en el Evangelio, de la verdad profundizada y hecha realidad a lo largo de las generaciones de quienes han seguido a Cristo a lo largo de los siglos.

Cristo mismo ha manifestado esta verdad en plenitud. La ha manifestado por medio de sí mismo. ¿Qué significa, en efecto, "llegar a ser don desinteresado para los demás", sino "dar la vida, perder la vida"? ¿Acaso no es Cristo mismo el que ha asegurado que cuando el hombre "se encuentra a sí mismo", entonces da fruto y produce el ciento por uno"? (cf. Mt 13, 23; Lc 8, 8). El no considera su existencia como una "pasión inútil", sino que la llena con la certidumbre del sentido último.

5. Mientras Jesús entraba en Jerusalén, escuchó estas palabras: "Maestro, reprende a tus discípulos" (Lc 19, 39). ¡Repréndelos! ¡Que se callen, que dejen de cantar, que no hagan peregrinaciones! ¡También el mundo ha ido lejos en muchas otras direcciones!

Jesús respondió: "Os digo que si éstos se callan, gritarán las piedras" (Lc 19, 40).

Y así, después de dos mil años, los hombres siguen aclamando su venida

al mundo y su Evangelio de salvación.

"Bendito el que viene en nombre del Señor" (Jn 12, 13). Amén.

**DURANTE
LA MISA CELEBRADA EN LA
PLAZA DE SAN PEDRO,
SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS**

EL EVANGELIO SOCIAL DE NUESTRO TIEMPO

1. "La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 21-22).

¡La paz con vosotros!

Con estas palabras de Cristo resucitado saludo hoy, el día de Pentecostés, a la Iglesia entera presente en todos los lugares de la tierra. Saludo de modo particular a esta Iglesia que está en Roma, construida sobre el fundamento de los apóstoles Pedro y Pablo y cuya piedra angular es el mismo Cristo Jesús (cf. Ef 2, 20).

Con estas palabras de nuestro Señor y Redentor deseo saludar también a todos aquellos que hoy se han reunido en la plaza de San Pedro, con ocasión del centenario de la encíclica *Rerum novarum*, publicada por mi predecesor el Papa León XIII.

Saludo también a todos los presentes, así como a todos aquellos que se unen a nosotros en la solemnidad de este día, que figura entre las más grandes del año litúrgico y concluye el tiempo pascual.

2. "Recibid el Espíritu Santo": Cristo resucitado lleva el Espíritu Santo a los Apóstoles, y de esta forma el Espíritu es el Don permanente en la Iglesia. A través de las generaciones y los siglos, la Iglesia grita: "Que descienda tu espíritu y renueve la faz de la tierra" (es lo que hace de modo especial en la liturgia de este día); y este grito encuentra siempre respuesta. ¡Cristo mismo responde! "Recibid el Espíritu Santo". Y se verifican, al mismo tiempo, las palabras del salmista sobre la renovación de la faz de la tierra: "Envías tu espíritu y son creados, y renuevas la faz de la tierra" (Sal 103, 30).

Esta renovación en toda la tierra está estrechamente unida a las palabras que, inmediatamente después, Jesús pronunció en el Cenáculo: "A quienes perdonéis los pecados —agrega—, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (Jn 20, 23).

En el curso de la historia de la Iglesia renace siempre de nuevo el pecado, pero siempre de nuevo se da a los Apóstoles el Espíritu de verdad para "convencer al mundo en lo referente al pecado" (cf. Jn 16, 8), con la facultad superior y sobrenatural de perdonarlo.

3. En efecto, es lo que sucedió precisamente el día de Pentecostés, cuando Simón Pedro, el jefe de los Apóstoles, dirigió su palabra a las personas reunidas, que

estaban entonces en la fiesta en Jerusalén, exhortándoles al arrepentimiento para la remisión de los pecados (cf. Hch 2, 38).

Hace cien años se repitió lo mismo en una fase de la historia nueva y muy diferente. Pedro, en la persona de su sucesor León XIII, se convirtió en la voz del Espíritu de verdad para convencer al mundo de entonces en lo referente al pecado: el gran pecado social y la consiguiente gran amenaza en todo el ordenamiento social, a causa del conflicto surgido en el campo del trabajo humano y del capital. Al emanar su documento con relación al peligroso conflicto, el Pontífice no sólo ofrecía elementos válidos y argumentos para su deseada solución, sino que, al acoger la voz del Espíritu, reaccionaba a los peligros contrapuestos con fuerte acento moral, denunciando el doble pecado de la sociedad de entonces: era, por una parte, el pecado contra la libertad personal, negada también desde el punto de vista económico; y, por otra, el pecado contra la justicia social. Escuchémoslo: "El hombre (...) es dueño de sus acciones; así, bajo la ley eterna y la providencia universal de Dios, él es providencia para sí mismo. Por eso, tiene el derecho de elegir las cosas que considera más adecuadas para proveer al presente y al futuro. De aquí se deriva que debe tener bajo su dominio no sólo los productos de la tierra, sino también la tierra misma" (n. 6). Y también: "En cuanto a los ricos y a los patronos, no deben tratar al obrero como esclavo; deben respetar en él la dignidad de la persona humana, ennoblecida por su carácter cristiano... Verdaderamente es algo indigno del hombre utilizarlo como un vil instrumento de provecho y estimarlo sólo por lo que valen sus energías físicas" (n. 16).

4. Los Hechos de los Apóstoles hacen presente, en cierto modo, el acontecimiento de la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. En ese acontecimiento asume un significado particular el don de lenguas.

Hubo un viento impetuoso; e inmediatamente después, las lenguas, "como de fuego", que se posan sobre cada uno de los Apóstoles y sobre todos los que estaban reunidos en el Cenáculo. Y he aquí que "quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (Hch 2, 4).

El texto de los Hechos refiere el estupor provocado por dicho fenómeno: "¿Es que no son galileos todos esos que están hablando? Pues, ¿cómo cada uno de nosotros los oímos en nuestra propia lengua nativa?" (ib. 7-8). Y también se nombra a los distintos representantes de las diversas nacionalidades que, en aquel día, estaban presentes en Jerusalén.

A casi dos mil años de distancia, se podría ensanchar y ampliar mucho este relato, y habría que nombrar las muchas y muy numerosas lenguas en las que, a lo largo de los siglos y en las épocas más diversas, los apóstoles han hablado y hablan del Evangelio de Cristo. Pero no sólo de esto. Han hablado y hablan también con el lenguaje de las experiencias humanas siempre nuevas, de los problemas y de las necesidades humanas relacionados con los individuos, las comunidades, las naciones y la entera familia humana. ¿Acaso no es verdad que León XIII, en su difícil época, habló precisamente con ese lenguaje nuevo y adecuado, cuando publicó hace cien años su encíclica *Rerum novarum*?

5. Su lenguaje ha constituido el comienzo de una enseñanza nueva de la Iglesia. Con él han hablado también los sucesores del Papa León XIII en la sede romana: han hablado obispos y enteros Episcopados. Ha hablado el Concilio de nuestro siglo: el Vaticano II.

En este lenguaje, en este Magisterio moderno de la Iglesia, en esta enseñanza específica que es la llamada doctrina social, se expresa y se realiza un aspecto de la misión que los Apóstoles recibieron de Jesucristo en el Cenáculo: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21).

En realidad el nuevo lenguaje, es decir, en concreto, la enseñanza social de la Iglesia, no es otra cosa que un desarrollo orgánico de la verdad misma del Evangelio. Es "el Evangelio social" de nuestro tiempo, lo mismo que la época histórica de los Apóstoles tuvo el Evangelio social de la Iglesia primitiva, y lo tuvo la época de los Padres, y posteriormente la de santo Tomás de Aquino y de los grandes doctores del Medioevo. En fin, lo tuvo el siglo XIX, pleno de grandes novedades y de cambios, de iniciativas y de problemas que concurrieron a preparar el terreno de la encíclica *Rerum novarum*.

6. "Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Co 12, 4-7).

¡Sí! El Espíritu renueva la faz de la tierra, indicando los caminos del bien, del bien común, del bien que une a las personas, a los pueblos y a toda la sociedad humana.

¿Acaso no es ésta la elocuencia de la encíclica de León XIII? ¿Acaso no es ésta la orientación fundamental de todo el Magisterio de la Iglesia en el siglo actual?

¿Acaso no es verdad que a esto responde la numerosa "diversidad de ministerios" en el ámbito de la justicia social y las múltiples "operaciones" cuyo denominador común, por así decirlo, ha dado origen al significativo binomio postconciliar "Iustitia et Pax"?

Por todo esto —servicios, iniciativas y realizaciones— deseamos dar las gracias hoy. Dar las gracias a los hombres, a tantas y tantas personas esparcidas por toda la tierra, y especialmente a nuestros hermanos y hermanas en la comunidad de la Iglesia católica y a todos los cristianos. ¡Pero no sólo a ellos! En efecto, hay muchos hombres de diversas religiones no cristianas, e incluso muchos hombres no creyentes que deben ser comprendidos e incluidos en este agradecimiento que es justo con ocasión del centenario de la *Rerum novarum*.

Y al dar las gracias a los hombres, queremos y debemos dar las gracias a Dios, que "obra todo en todos". Agradecemos al Espíritu Santo, que nos revela lo que es "para la utilidad común" y nos sugiere lo que sirve para construir un mundo mejor, más humano, más semejante al designio de Dios, del cual el hombre desde el inicio es imagen y semejanza.

7. Nuestro agradecimiento de hoy no deja de ser un clamor, una súplica. Un grito semejante quiere ser también mi reciente encíclica, en la que he tratado de descubrir y expresar "las cosas nuevas" según las exigencias y esperanzas de este siglo XX de la era cristiana, que ya está a punto de terminar, siglo conclusivo del segundo milenio.

Por este grito lo elevamos todos, como si estuviéramos reunidos de nuevo en el Cenáculo de Jerusalén, junto con "María, la Madre de Jesús" (cf. Hch 1, 14). Lo elevamos junto con ella, como súplica esperanzada al eterno y renovador Espíritu de Dios:

¡Ven!

Ven, Espíritu Santo,

llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Sin tu fuerza, no hay nada en el hombre, nada sin culpa.

Doblega lo que es rígido, calienta lo que es gélido, endereza lo que está desviado.

DURANTE LA MISA DE INAUGURACION DEL 2o. SÍNODO NACIONAL POLACO

LA IGLESIA HA DE VOLVER SIEMPRE A CRISTO, NUESTRO ÚNICO CAMINO

1. "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos, dice Cristo Señor (Mt 18, 20).

Aquí, en el nombre de Cristo, se unen no dos o tres hombres, sino toda la Iglesia que vive en tierra polaca. La Iglesia entera, el pueblo de Dios consciente de su propia participación en la misión mesiánica de Cristo, Profeta, Sacerdote y Pastor. El pueblo de Dios, sensible a las experiencias del divino Corazón del Redentor. El pueblo de Dios, que desde hace mil años vive en la Iglesia apostólica edificada sobre el fundamento de Pedro y de todos los testigos del Evangelio, de la cruz y la resurrección.

Esta Iglesia aquí, por medio de sus representantes, se reúne hoy, en la basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Varsovia, para comenzar el Sínodo plenario. Me alegra poder inaugurar, en este momento tan importante, esta asamblea como Obispo de Roma y, al mismo tiempo, como compatriota vuestro, junto con todos los pastores de la Iglesia de Polonia. La alegría de poder ofrecerla completamente, de algún modo, desde el primer momento, en sacrificio eucarístico a Cristo pues "de él, por él y para él son todas las cosas" (Rm 11, 35). Ofrecerla "al rey de los

siglos, al Dios inmortal" (1 Tm 1, 17). Me alegra poder hacerlo por medio del Corazón de su Madre, presente aquí entre nosotros, perseverando en la oración, tal como perseveraba con los Apóstoles en el Cenáculo el día de Pentecostés, cuando todos fueron "bautizados" con el Espíritu Santo.

2. Sínodo significa encuentro, convergencia de caminos a lo largo de los cuales los hombres y las comunidades humanas buscan seguir a Cristo. En efecto, sólo él es el camino —el único camino—, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6). Nosotros, como Iglesia, y como todas las Iglesias existentes en esta única Iglesia, siempre debemos volver a este único camino que es Cristo. En cierto sentido, tenemos que verificar siempre si realmente él es el camino que recorreremos, a lo largo del cual caminamos en la comunidad. Los sínodos han tenido siempre una dimensión comunitaria, estrechamente unida a la esencia misma de la Iglesia.

La Iglesia es, en efecto, el pueblo reunido en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Esa es su realidad profunda. Esa es la verdad teológica acerca de la Iglesia, que encuentra en los sínodos su propia expresión y

actualización particular.

Cristo dijo: "Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará destado en el cielo" (Mt 18, 18).

Un *sinodo* no es sólo un encuentro, un reconocimiento de la convergencia de caminos. Es, al mismo tiempo, "la unión". Precisamente como éste, que nos une en el misterio trinitario de la Iglesia. A través de este Sínodo hemos de confirmar esa unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que funda definitivamente la unión del pueblo de Dios en la Iglesia.

Los sínodos no sólo deben *confirmar* esa unidad; deben también *consolidarla*. Tal es su contribución histórica a la vida de la Iglesia, comenzando por el sínodo más antiguo: el que tuvo lugar en Jerusalén alrededor del año 50, cuando todavía vivían los Apóstoles, y siguiendo por todos los sucesivos sínodos —es decir, concilios— ecuménicos provinciales o diocesanos, hasta éste que comenzamos hoy en Varsovia como *Sínodo plenario en Polonia*.

3. Su *dimensión histórica* deriva de diversas circunstancias. Primero, por parte de la Iglesia universal, vuestro Sínodo abre sus trabajos después del *Concilio Vaticano II*, el concilio de nuestro siglo. A la vez, éste se encuentra frente al comienzo del tercer milenio después de Cristo. Estas circunstancias por sí mismas influyen en el carácter del Sínodo plenario y en sus tareas. En él no puede menos de reflejarse toda la "novedad" conciliar del Vaticano II. Tampoco puede dejar de poner de relieve todos los "signos de los tiempos", que se dibujan en este final de nuestro siglo.

Como Sínodo plenario polaco, es el *primer sínodo después de las celebraciones de nuestro Milenio, en 1966*. Del anterior lo separa un ciclo entero

de acontecimientos decisivos, que comenzaron el año 1939. Estos acontecimientos también encierran una *particular experiencia histórica de Polonia y de la Iglesia en Polonia*. Tenemos muchos motivos para dar gracias a la Providencia por los buenos frutos de esta experiencia, que tanto costó; pero no podemos ignorar los frutos malos, teniendo presente la parábola de Cristo sobre los dos árboles. Estos *dos árboles crecían en nuestra tierra*; uno y otro daban frutos en las almas polacas. De ahí que tengamos que examinar con mucha perspicacia los "signos de los tiempos", los signos de nuestro tiempo.

Es necesario agregar que el Sínodo plenario polaco *avanza, de algún modo, al mismo paso que el Sínodo europeo*, convocado junto a las tumbas de los apóstoles eslavos en Velehrad. Por su parte, esto indica el alcance de un reto que la Iglesia en Polonia acepta en unión con las de todo el continente.

4. Moisés dice a Israel: "*Escucha la voz del Señor tu Dios, guardando sus mandamientos y sus preceptos, lo que está escrito en el libro de esta Ley; cuando te conviertas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma*" (cf. Dt 30, 10).

¿Es posible decir que el Sínodo es también tiempo de conversión? ¿Tiempo o, más bien, proceso? Sí, es necesario afirmarlo ya desde el comienzo. Toda la existencia cristiana es un proceso de conversión. El Sínodo expresa de manera particular esta existencia. Y, ya que es indispensable que el Espíritu de verdad "nos convenza en lo referente al pecado" (cf. Jn 16, 8), el camino para esto es el conocimiento de la verdad y el conocimiento de la ley. La ley del obrar se funda en la verdad, cuya dimensión humana encuentra su propia profundidad en Cristo. Cristo revela el hombre al hombre, revelándole su vocación definitiva: revelando

a Dios en su paternidad eterna y en su misterio trinitario.

Por esto, "la ley del Señor es perfecta, consolación del alma (...). Los preceptos del Señor (...), luz de los ojos" (Sal 19, 8-9). Y de igual forma: "La palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica" (Dt 30, 14). Un cometido importante del Sínodo es *mostrar la belleza de la verdad divina y de la ley divina*, de su condescendencia admirable y —podríamos decir— de su demostración humanista: "Estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas ni están fuera de tu alcance" (Dt 30, 11). Es necesario *reconstruir* en las generaciones futuras el amor a la verdad y a la ley de Dios, puesto que su fuente es Dios mismo, es su amor eterno a la creación, su amor al hombre: la "filantropía" divina.

5. Manifestemos, por tanto, nuestra alegría por el hecho de que, gracias a los trabajos del Sínodo plenario, "*habitan los hermanos todos juntos*" (cf. Sal 133, 1), los hermanos de las diversas diócesis y regiones de nuestra pa-

tria, eclesiásticos y laicos, en el sentido común de la llamada cristiana que —como enseña el Concilio— es siempre una llamada al apostolado: están llamados todos, hombres y mujeres, de todas generaciones.

Que en esta comunidad sinodal resuene el eco del *Pentecostés de Jerusalén*, cuando todos reunidos, en unión con la Madre de Dios y los Apóstoles, descubrían y proclamaban al mundo las "magnalia Dei" (Hch 2, 11).

Que se renueve la Iglesia en nuestra tierra patria como la exigen los tiempos hacia los cuales caminamos. Y que, al renovarse, confirme su identidad de mil años, para que la palabra de Dios vuelva a todos con su poder salvífico; y para que podamos repetir con el Apóstol: "Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68).

Pedro pronunció estas palabras en las cercanías de Cafarnaúm. Y estas palabras eran la preparación a la Eucaristía, que Jesús anunció entonces y que instituyó la víspera de su pasión y resurrección.

También a partir de la Eucaristía comenzamos los trabajos del II Sínodo plenario en Polonia.

HOMILIA EN CAMPO GRANDE

FAMILIA Y EVANGELIZACIÓN

1. "*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne*" (Ef 5, 31; cf. Gn 2, 42).

Vamos a abrir el libro del Génesis en el pasaje en que se habla de los orígenes y de la historia del hombre en la tierra. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. El Creador, dándoles una dignidad particular en el mundo visible, instituyó desde el principio el sacramento de la unión matrimonial. Por la alianza matrimonial el hombre y la mujer dan la vida, y llegan a ser padre y madre de sus pro-

píos hijos. Creados a imagen y semejanza de su Creador, reflejan su paternidad en la paternidad y maternidad humanas.

2. La presencia del Hijo de Dios en las bodas de Caná de Galilea sirve como especial confirmación de esa gran verdad. Jesús llega allí con su Madre y los Apóstoles. Antes de confirmar con sus palabras la indisolubilidad del matrimonio como institución divina "desde el principio", Jesús confirma con su presencia en Caná la importancia de este sacramento también con su primer milagro (o signo) que realiza en beneficio de los dueños de casa, a petición de su Madre (cf. Jn 2, 1-11).

Antes de que ese suceso aconteciera en Caná de Galilea, podemos pensar cuántas veces en la historia del hombre en la tierra se cumplieron esas palabras dirigidas "en el principio" al hombre y la mujer: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne".

Pensemos también cuántas veces se cumple esa misma institución divina en este inmenso Brasil. Basta que los esposos permanezcan fieles a los designios de Dios-Creador, que es el Padre de todas las criaturas. Es preciso que los cumplan, de acuerdo con la ley del Evangelio de Cristo, como el Apóstol nos muestra en la carta a los Efesios: "Así deben amar los maridos a sus mujeres como sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo (...). Que cada uno ame a su mujer como a sí mismo: y la mujer, que respete al marido" (Ef 5, 28, 33).

3. Por tanto, *amor y respeto mutuo!* No puede existir el uno sin el otro.

Amar no sólo quiere decir desear, sino también respetar, merecer y aprehender el respeto recíproco, teniendo siempre ante los ojos el vínculo que une en matrimonio a dos seres humanos. Amar es tener conciencia de que ese vínculo es indisoluble, que dura, por institución divina, hasta la muerte.

"Te quiero a ti como esposa... Te quiero a ti como esposo y prometo *ser te fiel* en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, amarte y respetarte *todos los días de mi vida*".

¡Este es el vínculo matrimonial que nace del amor recíproco, que se expresa mediante el juramento conyugal y que comienza y se realiza en presencia de la majestad infinita de Dios por medio del mismo amor con que el Padre nos amó en su Hijo Jesucristo. Redentor del mundo!

Los esposos participan en la función redentora de Cristo desde el momento en que *asumen íntegramente*, por vocación divina, la finalidad para la cual fue instituido el matrimonio. Toda unión nace del pacto de una pareja, pero con un contenido establecido por Dios, la unidad y la indisolubilidad, ordenado a la procreación y a la educación de la prole.

¡Esta es la belleza y el honor que el Señor atribuyó al hombre y a la mujer: *poder participar*, en cada nueva criatura, no sólo en el poder creador de Dios, sino también en la realización en un nuevo ser humano de los frutos de la redención. ¡Cada criatura que viene al mundo hereda, por obra del bautismo, la bienaventuranza del reino de los cielos!

4. ¡Queridos hermanos y hermanas de Campo Grande, de Mato Grosso del Sur y de Brasil! Un brasileño célebre, el escritor Rui Barbosa, dijo esta frase muy significativa: "La patria es la familia ampliada. Multiplicad la familia, y tendréis la patria". Desde esta hermosa ciudad que habéis construido, desde esta región privilegiada de Brasil en la que habitáis, con sus campos inmensos, su tierra fértil, con esta maravilla de la naturaleza que es el pantanal del Mato Grosso, quiero lanzar hoy un apre-

miente llamamiento a toda la Iglesia en Brasil: ¡la familia ha de ser vuestra gran prioridad pastoral! ¡Sin una familia respetada y estable no puede existir un organismo social sano; sin ella no puede existir una verdadera comunidad eclesial!

5. Es necesaria, pues, una pastoral familiar, porque la futura evangelización depende en gran medida de la "iglesia doméstica". Esa pastoral, como dije en Puebla, "es tanto más importante cuanto la familia es objeto de muchas amenazas Pensad en las campañas favorables al divorcio, al uso de prácticas anticonceptivas, al aborto, que destruyen la sociedad" (*Discurso inaugural*, 28 de enero de 1979; cf. *L' Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de febrero de 1979, pág. 9).

Hoy se comprueba esa realidad, que está produciendo un desmoronamiento de la institución familiar. Las uniones ilícitas, muy frecuentes en la sociedad brasileña, la pérdida de los valores cristianos, afectados por una publicidad permisiva, y las agresiones de algunos medios de comunicación social están oscureciendo la visión cristiana del amor humano. La falta de una ética que defienda la dignidad del ser humano en los ambientes escolares, en los cursos preparatorios para el ingreso en las universidades, e incluso en las mismas universidades, va privando a la juventud del conocimiento de la ley de Dios y de sus consecuencias. En fin, la falta de una auténtica formación espiritual y moral, y el desvío de la enseñanza de la doctrina con el fin de dar preferencia a los problemas sociales, crean un progresivo vaciamiento del contenido de la fe y hacen más atractiva la participación en las "sectas" de las más diversas denominaciones.

También es cierto que en el ambiente rural y en las ciudades muchas familias siguen manteniendo las tradiciones más bellas de la vida cristiana. Esas familias constituyen un verdadero baluarte de la fe de vuestro pueblo. Bendigo de corazón a los padres, a los esposos y a los novios comprometidos realmente en vivir seriamente los principios del magisterio de la Iglesia católica, que es la depositaria auténtica de la fe revelada. Pido al Señor abundantes gracias para que se mantengan fieles a los ideales de santidad en el matrimonio a los que han sido llamados. El Papa quiere que sepan que, por más grandes que sean las dificultades que encuentren en su vida, su fidelidad encontrará siempre apoyo en la gracia del sacramento del matrimonio y en la atención y ayuda por parte de la Iglesia.

6. Nadie puede dejar de ver, queridos hermanos y hermanas, que el futuro de la Iglesia está en las familias cristianas debidamente preparadas para asumir el papel de guías de la sociedad nacional. Esto vale, sobre todo, cuando se trata de afrontar el grave problema de la *escasez de sacerdotes* en un país con una población en continuo crecimiento. Nunca se podrá afrontar ese problema de manera eficaz, si antes no se consideran con valentía y decisión dos aspectos que iluminan las directrices que se han de tomar.

Vuelvo a afirmar aquí, en primer lugar, que donde existe una pastoral familiar clara y eficaz, del mismo modo que resulta natural acoger con alegría la vida, será más fácil oír la voz de Dios y más generosa será la respuesta de quien la escuche. Si los padres se muestran generosos al acoger los nuevos hijos que Dios les envía, es más fácil que también los hijos sean más generosos cuando se decidan a ofrecer sus propias vidas a Dios en el servicio apostólico. "La familia (...) que cumple con generosa fidelidad sus obligaciones y es consciente de su cotidiana participación en el misterio de la cruz gloriosa de Cristo, se convierte en el primero y mejor semillero de vocaciones a la vida consagrada al reino de Dios" (*Familiaris consortio*, 53; cf.

L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 20 de diciembre de 1981, pág. 16).

Por ello, es preciso valorar las motivaciones cristianas que constituyen la base de las grandes opciones de la juventud. La vida humana alcanza su plenitud cuando llega a ser *don de sí*: don que puede manifestarse en el matrimonio, en la virginidad consagrada, en la entrega al prójimo por un ideal y en la elección del sacerdocio ministerial. Los padres prestarán un verdadero servicio a la vida de sus hijos, si les ayudan a hacer de su propia existencia un don, respetando sus opciones maduras y promoviendo con alegría toda vocación, incluso la religiosa o sacerdotal. De esta forma, la familia desempeñará un papel primordial en el florecimiento, el crecimiento y la maduración final de la vocación sacerdotal. Por consiguiente, la pastoral de las vocaciones es también una pastoral de la familia. Las comunidades parroquiales deberían participar activamente acompañando la formación de los candidatos al sacerdocio.

Estoy seguro de que los esfuerzos por ayudar a tomar conciencia de ello no dejarán de dar, con la continua asistencia divina, frutos abundantes. Con la certeza de la esperanza que no engaña y de la intercesión de la Virgen María y de su esposo san José, pido a Dios todopoderoso, que dentro de poco estará en el altar en el santo sacrificio de la misa, que proteja a la familia brasileña, a la familia de todos los que habéis venido para tomar parte en la misa del Papa y de quienes se unen a nosotros mediante la radio o la televisión.

En segundo lugar, la insistencia, tantas veces reiterada, en la necesidad de que los fieles laicos asuman sus responsabilidades para hacer posible una presencia más viva de la luz cristiana en la sociedad, debe ir acompañada por el trabajo continuo, generoso, humilde y audaz del ministerio de los sacerdotes. Las familias cristianas asumirán plenamente esas responsabilidades, si encuentran "sacerdotes que sean plenamente sacerdotes (...). Cuanto más descristianizado se halla el mundo o más falto de madurez en su fe, tanto más tiene necesidad también de sacerdotes que estén totalmente dedicados a dar testimonio de la plenitud del misterio de Cristo" (*Discurso*, 30 de mayo de 1980; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de junio de 1980, pág. 3). Sacerdotes según el corazón de Cristo: hombres de vida de oración, que den testimonio ejemplar con su propia conducta y que sepan orientar a las familias y a los jóvenes hacia la verdad, de acuerdo con el magisterio perenne de la Iglesia.

7. Al comienzo de su actividad mesiánica, *Jesus fue a Caná de Galilea*, y allí, a petición de su Madre, hizo su primer milagro para ayudar a los dueños de casa y a los recién casados. Allí transformó el agua en vino. El agua, en su sencillez, pasó a ser una bebida noble.

De este modo, Jesús dio a conocer que él, el Redentor del mundo, con su poder redentor no sólo deseaba confirmar el matrimonio de la Antigua Alianza, sino que además deseaba ennoblecerlo y santificarlo. Como enseña el Apóstol en la carta a los Efesios, Cristo desea manifestar un gran misterio (cf. *Ef* 5, 32) en la alianza matrimonial del hombre y la mujer. Se trata del misterio del amor con el que él mismo amó a la Iglesia. El Redentor del mundo se convirtió en Esposo de la Iglesia, que es su Esposa: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla (...) y presentársela (...) sin que tenga mancha" (*Ef* 5, 25, 27). El misterio de ese amor nupcial del Hijo de Dios hacia la Iglesia es la medida y el modelo del amor que debe unir al marido y a la mujer en el matrimonio sacramental. Cristo amó a la Iglesia hasta el sacrificio de su vida. Es necesario, por consiguiente, que los esposos des-

cubran en él el modelo de su propio amor conyugal. Es preciso que aprendan de Cristo, renovando constantemente el matrimonio a lo largo de los días y los años, con la gracia de ese gran sacramento.

8. Cristo os enseña, queridos esposos y padres, no sólo a través del Evangelio, sino también por medio del gran misterio de su amor redentor.

En Caná de Galilea, junto a los recién casados está la Madre de Cristo, que dice a los sirvientes: "Haced lo que él os diga" (*Jn* 2, 5).

¡"Ojalá que la Madre de Cristo esté junto a todos vosotros desde el primer día de vuestro matrimonio y que os repita siempre esas palabras: "Haced lo que él os diga"!"

9. Doy gracias por la acogida a mi querido hermano, mons. Vitório Pavanello, y a los demás obispos de este Estado. Agradezco a los queridos padres salesianos el hospedaje que me han brindado en su casa. También dirijo mis palabras de aliento a los queridos religiosos y religiosas, a fin de que prosigan su servicio alegre y abnegado en favor del reino de Dios, mediante la consagración constante e irrevocable de su vida. Invoco la protección del Altísimo sobre los presbíteros, los seminarios y los candidatos que se están formando en este Estado, sobre todo en Campo Grande, en el seminario regional propedéutico, en el seminario mayor María, Madre de la Iglesia, en el instituto teológico del oeste, en el escolasticado y en el noviciado intercongregacional, y pido al Señor que sepan corresponder a las expectativas que la Iglesia deposita en ellos con miras a la construcción del reino de Dios.

Por último, mis queridos amigos, el Papa os quiere dar un gran abrazo y su bendición a todos los que me estáis escuchando: personas de tantas razas y pueblos; blancos, negros, indígenas, latinoamericanos sobre todo paraguayos y bolivianos; emigrantes europeos, árabes, asiáticos, en especial los japoneses, que sois tan numerosos en este Estado; todos los que formáis esta gran familia en el Mato Grosso y en Brasil; líderes y animadores de las comunidades; laicos comprometidos en la lucha por la dignidad de la vida y la consolidación de la familia: jóvenes y enfermos. ¡El Papa no olvidará a ninguno de vosotros!

Que la Virgen María, a quien invocáis con tanto amor en esta arquidiócesis con el título de Nuestra Señora de los Gozos, os conceda, queridos esposos y padres, sentir su presencia materna en vuestra vida, transformando en vino, dando una nobleza nueva a vuestra sublime misión. Que el poder santificador del Espíritu, que descendió sobre la Virgen de Nazaret y la hizo Madre del Hijo de Dios, descienda también sobre vuestras familias, sobre todas las familias de Brasil. ¡Que Dios os bendiga!

Veni, Creator Spiritus!

Catequesis

EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA CATEQUESIS

MIÉRCOLES
2 DE ENERO

1. En el Símbolo de la fe afirmamos que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Son las notas de la Iglesia. De ellas, la catolicidad se utiliza en la misma denominación común de la Iglesia: *Iglesia católica*.

Esta catolicidad tiene su origen en el Espíritu Santo, que "llena la tierra" (Sb 1, 7) y es principio universal de comunicación y comunión. La "fuerza del Espíritu Santo" tiende a propagar la fe en Cristo y la vida cristiana "hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8), extendiendo a todos los pueblos los beneficios de la redención.

2. Antes de la venida del Espíritu Santo, la comunión con el Dios verdadero en la alianza divina no era accesible de modo igual a todos los pueblos. Lo observa la carta a los Efesios, dirigiéndose a los cristianos que pertenecían a los pueblos paganos. "Recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne, llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión, (...) estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Ef 2, 11-12). Para entrar de algún modo en la alianza divina, era preciso aceptar la circuncisión y adoptar las observancias del pueblo judío, apartándose, por tanto, del pueblo al que pertenecían.

Ahora, en cambio, la comunión con Dios no requiere ya estas condiciones restrictivas, porque se lleva a cabo "por medio del Espíritu". Ya no existe ninguna discriminación por motivo de raza o de nación. Todas las personas humanas pueden "ser morada de Dios en el Espíritu" (Ef 2, 22).

Este cambio de situación había sido anunciado por Jesús en su conversación con la samaritana. "Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar en espíritu y en verdad" (Jn 4, 23-24). Era la respuesta de Jesús a la pregunta sobre el lugar del verdadero culto a Dios, que era el monte Garizim para los samaritanos y Jerusalén para los judíos. La respuesta de Cristo indicaba otra dimensión del culto verdadero a Dios: la dimensión interior ("en espíritu y en verdad"), por la que el culto no se encontraba ligado a un lugar determinado (santuario nacional), sino que era *culto universal*. Esas palabras dirigidas a la samaritana abrían el camino hacia la universalidad, que es una cualidad fundamental de la Iglesia como nuevo Templo, nuevo Santuario, construido y habitado por el Espíritu Santo. Esa es la raíz profunda de la catolicidad.

3. De esta raíz toma su origen la catolicidad externa, visible, que podemos llamar comunitaria y social. Esta catolicidad es esencial en la Iglesia por el hecho mismo de que Jesús ordenó a los Apóstoles —y a sus sucesores— que llevaran el Evangelio "a todas las gentes" (Mt 28, 19). Y esta universalidad de

la Iglesia bajo el influjo del Espíritu Santo se manifestó ya en el momento de su nacimiento el día de Pentecostés. En efecto, los Hechos de los Apóstoles atestiguan que en ese acontecimiento que tuvo lugar en Jerusalén participaron los judíos piadosos, "venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo" (Hch 2, 5), que se hallaban presentes en la ciudad santa, y con ellos los prosélitos, es decir, los paganos que habían aceptado la ley de Moisés. Los Hechos de los Apóstoles enumeran los nombres de algunos países de los que provenían unos y otros, pero de modo aún más general hablan de "todas las naciones que hay bajo el cielo". El hecho de que el bautismo "en el Espíritu Santo" (Hch 1, 5), conferido a esa primera comunidad de la Iglesia, revistiera un valor universal, es un signo de la conciencia que tenía la Iglesia primitiva —de la que es intérprete y testigo Lucas— de que había nacido con su carácter de catolicidad (es decir, universalidad).

4. Esta universalidad, engendrada bajo la acción del Espíritu Santo, ya en el primer día de Pentecostés va acompañada por una insistente referencia a lo que es "particular": tanto en las personas como en cada uno de los pueblos o naciones. Eso se aprecia por el hecho, anotado por Lucas en los Hechos, de que el poder del Espíritu Santo se manifestó mediante el don de las lenguas en las que hablaban los Apóstoles, de forma que "la gente (...) se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua" (Hch 2, 4-6). Podemos observar aquí que el Espíritu Santo es Amor, y amor quiere decir respeto hacia todo lo que es una prioridad de la persona amada. Eso vale especialmente en lo que se refiere a la lengua, en cuyo respeto somos por lo general muy sensibles y exigentes, pero vale también en lo que se refiere a la cultura, la espiritualidad y las costumbres.

El acontecimiento de Pentecostés tiene lugar respetando esta exigencia y es la manifestación de la unidad de la Iglesia en la multiplicidad de los pueblos y en la pluralidad de las culturas. La catolicidad de la Iglesia incluye el respeto a los valores de todos. Se puede decir que lo "particular" no queda anulado por lo universal. Una dimensión contiene y exige a la otra.

5. El hecho de la multiplicidad de las lenguas en Pentecostés nos indica que en la Iglesia la lengua de la fe —que es universal, por ser expresión de la verdad revelada por medio de la palabra de Dios— encuentra su traducción humana a las diferentes lenguas; podríamos decir, a todas y a cada una de las lenguas. Lo demuestran ya los inicios de la historia cristiana. Se sabe que la lengua que hablaba Jesús era el arameo, que se usaba en Israel en ese tiempo. Cuando los Apóstoles salieron por el mundo para propagar el mensaje de Cristo, el griego se había convertido en lengua común del ambiente greco-romano ("ecumene"), y precisamente por ello fue la lengua de la evangelización. También fue la lengua del evangelio y de todos los demás escritos del Nuevo Testamento, redactados bajo la inspiración del Espíritu Santo. En esos escritos se han conservado sólo pocas palabras arameas. Eso prueba que, desde el principio, la verdad, anunciada por Cristo, busca el camino para llegar a todas las lenguas, para hablar a todos los pueblos. La Iglesia ha buscado y busca seguir este principio metodológico y didáctico del apostolado, según las posibilidades ofrecidas en las diversas épocas. Hoy, como sabemos, la práctica de esta exigencia de catolicidad es especialmente sentida y, gracias a Dios, facilitada.

6. En los Hechos de los Apóstoles encontramos otro hecho significativo, que aconteció incluso antes de la conversión y de la predicación de Pablo, apóstol de la catolicidad. En *Cesarea*, Pedro había aceptado en la Iglesia y había bautizado a un centurión romano, Cornelio, y a su familia: a los primeros paganos, por lo tanto. La descripción que Lucas hace de este episodio con muchos detalles señala, entre otros, el hecho de que, habiendo venido el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la enseñanza del Apóstol, "los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles" (Hch 10, 44-45). Pero Pedro mismo no vacila en confesar que actuó bajo el influjo del Espíritu Santo: "El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar" (Hch 11, 12).

7. Esta primera "brecha" hacia la universalidad de la fe encuentra pronto una nueva confirmación cuando se trata de pronunciarse acerca de la actividad apostólica de Pablo de Tarso y de sus compañeros. La *Asamblea de Jerusalén* (que se puede considerar como el primer "Concilio") refuerza esta dirección en el desarrollo de la evangelización y de la Iglesia. Los Apóstoles reunidos en aquella asamblea están seguros de que esa dirección proviene del Espíritu de Pentecostés. Son elocuentes, y lo seguirán siendo siempre, sus palabras, que se pueden considerar como la primera resolución conciliar: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros" (Hch 15, 28). Esas decisiones afectaban al camino de la universalidad por donde debe avanzar la Iglesia.

No cabe duda de que éste es el camino que ha seguido la Iglesia entonces y a lo largo de los siglos. Los Apóstoles y los misioneros han anunciado el Evangelio a todas las gentes, penetrando lo más posible en todas las sociedades y en los diversos ambientes. Según la posibilidad de los tiempos, la Iglesia ha tratado de introducir la palabra de salvación en todas las culturas (inculturación), ayudándoles al mismo tiempo a reconocer mejor sus valores auténticos a la luz del mensaje evangélico.

8. Es lo que el Concilio Vaticano II estableció como una ley fundamental de la Iglesia, cuando escribió: "Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos (...). Para esto envió Dios a su Hijo (...). Para esto, finalmente, envió Dios al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, quien es para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes el principio de asociación y unidad en la doctrina de los Apóstoles, en la mutua unión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. Hch 2, 42)" (*Lumen gentium*, 13).

Con estas palabras, el Concilio proclama la propia conciencia del hecho de que el Espíritu Santo es principio y fuente de la universalidad de la Iglesia.

EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO VITAL DE LA APOSTOLICIDAD DE LA IGLESIA

MIÉRCOLES 9 DE ENERO

añadir que es también fuente y principio de la apostolicidad, que constituye la cuarta propiedad y nota de la Iglesia: "*Unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*" como profesamos en el Credo. Gracias al Espíritu Santo la Iglesia es apostólica, y eso quiere decir "*edificada sobre el fundamento de los Apóstoles*", siendo la piedra angular el mismo Cristo, como dice san Pablo (Ef 2, 20). Es un aspecto muy interesante de la eclesiología vista a la luz pneumatológica (cf. Ef. 2, 22).

2. Santo Tomás de Aquino lo pone de relieve en su catequesis acerca del Símbolo de los Apóstoles, donde escribe: "El fundamento principal de la Iglesia es Cristo, como afirma san Pablo en la primera carta a los Corintios (3, 11): "Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo". Pero existe un fundamento secundario, a saber, los Apóstoles y su doctrina. Por eso se dice *Iglesia apostólica*" (*In Symb. Apost.*, a. 9).

Además de atestiguar la concepción antigua —de santo Tomás y de la época medieval— acerca de la apostolicidad de la Iglesia, el texto del Aquinate nos remite a la fundación de la Iglesia y a la relación entre Cristo y los Apóstoles. Esa relación tiene lugar en el Espíritu Santo. Así se nos manifiesta la verdad teológica —y revelada— de una apostolicidad cuyo principio y fuente es el Espíritu Santo, en cuanto autor de la comunión en la verdad que vincula con Cristo a los Apóstoles y, mediante su palabra, a

1. Al ilustrar la acción del Espíritu Santo como alma del "Cuerpo de Cristo", hemos visto en las catequesis precedentes que él es *fuente y principio de la unidad, santidad, catolicidad* (universalidad) de la Iglesia. Hoy podemos las generaciones cristianas y a la Iglesia en todos los siglos de su historia.

3. Hemos repetido en muchas ocasiones el anuncio de Jesús a los Apóstoles en la Última Cena: "El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). Estas palabras de Cristo, pronunciadas antes de su Pasión, encuentran su complemento en el texto de Lucas donde se lee que Jesús "después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los Apóstoles (...), fue llevado al cielo" (Hch 1, 2). El apóstol Pablo, a su vez, escribiendo a Timoteo (ante la perspectiva de su muerte), le recomienda: "Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros" (2 Tm 1, 14). El Espíritu de Pentecostés, el Espíritu que llena a los Apóstoles y a las comunidades apostólicas, es el Espíritu que garantiza la transmisión de la fe en la Iglesia, de generación en generación, asistiendo a los sucesores de los Apóstoles en la custodia del "buen depósito", como dice Pablo, de la verdad revelada por Cristo.

4. Leemos en los Hechos de los Apóstoles el relato de un episodio en el que se trasluce, de modo muy claro, esta verdad de la apostolicidad de la Iglesia en su dimensión pneumatológica. Es cuando el apóstol Pablo, "encadenado en el Espíritu" —como él mismo decía—, va a Jerusalén, sintiendo y sabiendo que

aquellos a quienes ha evangelizado en Efeso ya no lo volverán a ver (cf. Hch 20, 25). Entonces se dirige a los presbíteros de la Iglesia de aquella ciudad, que se habían reunido en torno a él, con estas palabras: "Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo" (Hch 20, 28). "Obispos" significa inspectores y guías: puestos a apacentar, por tanto, permaneciendo sobre el fundamento de la verdad apostólica que, según la previsión de Pablo, experimentará halagos y amenazas de parte de los propagadores de "cosas perversas" (cf. Hch 20, 30) con el fin de apartar a los discípulos de la verdad evangélica predicada por los Apóstoles. Pablo exhorta a los pastores a velar por la grey, pero con la certeza de que el Espíritu Santo, que los puso como "obispos", los asiste y los sostiene, mientras él mismo guía su sucesión a los Apóstoles en el *munus*, en el poder y en la responsabilidad de guardar la verdad que, a través de los Apóstoles, recibieron de Cristo: con la certeza de que es el Espíritu Santo quien asegura la verdad misma y la perseverancia del pueblo de Dios en ella.

5. Los Apóstoles y sus sucesores, además de la tarea de la custodia, tienen igualmente la de dar testimonio de la verdad de Cristo, y también en esta tarea actúan con la asistencia del Espíritu Santo. Como dijo Jesús a los Apóstoles antes de su Ascensión: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Es una vocación que vincula a los Apóstoles con la misión de Cristo, quien en el Apocalipsis es llamado "el testigo fiel" (Ap 1, 5). En efecto, él en la oración por los Apóstoles dice al Padre: "Co-

mo tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo" (Jn 17, 18); y en la aparición de la tarde de Pascua, antes de alentar sobre ellos el soplo del Espíritu Santo, les repite: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21). Pero el testimonio de los Apóstoles, continuadores de la misión de Cristo, está vinculado con el Espíritu Santo quien, a su vez, da testimonio de Cristo: "El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio" (Jn 15, 26-27). A estas palabras de Jesús en la Última Cena aluden las que dirige también a los Apóstoles antes de la Ascensión, cuando, a la luz del designio eterno sobre la muerte y resurrección de Cristo, dice que "se predicará en su nombre la conversión para el perdón de los pecados (...). Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre" (Lc 24, 48-49). Y, de modo definitivo, anuncia: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (Hch 1, 8). Es la promesa de Pentecostés, no sólo en sentido histórico, sino también como dimensión interior y divina del testimonio de los Apóstoles y, por consiguiente, —se puede decir— de la apostolicidad de la Iglesia.

6. Los Apóstoles son conscientes de que han sido así asociados al Espíritu Santo al "dar testimonio" de Cristo crucificado y resucitado, como se desprende claramente de la respuesta que Pedro y sus compañeros dan a los sanedritas que querían obligarles a guardar silencio acerca de Cristo: "El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros disteis muerte colgándole de un madero. A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel

la conversión y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen" (Hch 5, 30-32). También la Iglesia, a lo largo de toda su historia, tiene conciencia de que el Espíritu Santo está con ella cuando da testimonio de Cristo. Aun constatando los límites y la fragilidad de sus hombres, y con el esfuerzo de la búsqueda y de la vigilancia que Pablo recomienda a los "obispos" en su despedida de Mileto, la Iglesia sabe que el Espíritu Santo la guarda y la defiende del error en el testimonio de su Señor y en la doctrina que de él recibe para anunciarla al mundo. Como dice el Concilio Vaticano II, "esta infalibilidad que el divino Redentor quiso que tuviese su Iglesia cuando define la doctrina de fe y costumbres, se extiende tanto cuanto abarca el depósito de la Revelación, que debe ser custodiado santamente y expresado con fidelidad" (*Lumen gentium*, 25). El texto conciliar aclara de qué modo esta infalibilidad corresponde a todo el Colegio de los obispos, y en particular al Obispo de Roma, en cuanto sucesores de los Apóstoles que perseveran en la verdad heredada gracias al Espíritu Santo.

7. El Espíritu Santo es, pues, el principio vital de esta apostolicidad. Gracias a él, la Iglesia puede difundirse en todo el mundo, a través de las diversas épocas de la historia,

implantarse en medio de culturas y civilizaciones tan diferentes, conservando siempre su propia identidad evangélica. Como leemos en el decreto *Ad gentes* del mismo Concilio: "Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo, para que llevara a cabo interiormente (*intus*) su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma (...). Antes de dar voluntariamente su vida para salvar al mundo, de tal manera organizó el ministerio apostólico y prometió enviar el Espíritu Santo, que ambos están asociados en la realización de la obra de la salvación en todas partes y para siempre. El Espíritu Santo unifica en la comunión y en el ministerio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos a toda la Iglesia a través de todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma, las instituciones eclesásticas e infundiendo en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo" (*Ad gentes*, 4). Y la constitución *Lumen gentium* subraya que "esta divina misión confiada por Cristo a los Apóstoles ha de durar hasta el fin del mundo" (cf. Mt 28, 20), puesto que el Evangelio que ellos deben propagar es en todo tiempo el principio de toda la vida para la Iglesia" (*Lumen gentium*, 20).

En la próxima catequesis veremos que, en el cumplimiento de esta misión evangélica, el Espíritu Santo interviene dando a la Iglesia una garantía celeste.

EL ESPÍRITU SANTO, GARANTE DE LA IGLESIA EN LA CUSTODIA DE LA REVELACIÓN DIVINA

MIÉRCOLES
16 DE ENERO

1. La apostolicidad de la Iglesia, en su significado más profundo, consiste en la permanencia de los pastores y de los fieles, en su conjunto, en la verdad recibida de Cristo mediante los Apóstoles y sus sucesores, con una inteligencia cada vez más adecuada de su contenido y de su valor para la vida. Es una verdad de origen divino, que se refiere a los misterios que superan las posibilidades de descubrimiento y de visión de la mente humana, ya que sólo en virtud de la Palabra de Dios, dirigida al hombre con las analogías conceptuales y expresivas de su lenguaje, puede percibirse, predicarse, creerse y obedecerse, fielmente. Una autoridad de valor simplemente humano no bastaría para garantizar ni la autenticidad de transmisión de esa verdad, ni por consiguiente la dimensión profunda de la apostolicidad de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos asegura que el Espíritu Santo es el que garantiza esa autenticidad.

2. Según la constitución *Dei Verbum*, Jesucristo, "con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna" (*Dei Verbum*, 4). Este pasaje de la constitución conciliar sobre la divina revelación halla su justificación en las palabras que Cristo dirigió a los Apóstoles en el Cenáculo y que cita el evangelista Juan: "Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa: pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga" (*Jn* 16, 12-13). Así, pues, será el Espíritu Santo quien conceda la luz a los Apóstoles para que anuncien la "verdad entera" del Evangelio de Cristo, "enseñando a todas las gentes" (*cf. Mt* 28, 19): ellos, y obviamente sus sucesores en esta misión.

3. La constitución *Dei Verbum* prosigue diciendo que el mandato (de anunciar el Evangelio) "se cumplió fielmente, pues los Apóstoles con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó; además, los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo" (*Dei Verbum*, 7). Como se ve, el texto conciliar se refiere a la *aseguración de la verdad revelada por parte del Espíritu Santo*, tanto en su transmisión oral (origen de la Tradición) como en la forma escrita que se hizo con la inspiración y la asistencia divina en los libros del Nuevo Testamento.

4. Leemos también que "el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (*cf. Col* 3, 16)" (*Dei Verbum*, 8). Por eso "la Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La sagrada Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, iluminados por el

Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación" (*Dei Verbum*, 9).

También "el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios... ha sido encomendado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio... por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído" (*Dei Verbum*, 10).

Existe, pues, un vínculo íntimo entre la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Gracias a este nexo íntimo, el Espíritu Santo garantiza la transmisión de la divina Revelación y consiguientemente la identidad de la fe en la Iglesia.

5. Sobre la Sagrada Escritura, en particular, el Concilio nos dice que "la santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo (*cf. Jn* 20, 31; *2 Tm* 3, 16, *2 P* 1, 19-21; *3, 15-16*), tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia... Todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo" (*Dei Verbum*, 11). Por consiguiente la Sagrada Escritura "se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita" (*Dei Verbum*, 12). "Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después ellos mismos con otros de su generación lo escribieron por inspiración del Espíritu Santo y nos lo entregaron como fundamento de la fe; el Evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan" (*Dei Verbum*, 18).

"Después de la ascensión del Señor, los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad" (*Dei Verbum*, 19).

6. Este íntimo vínculo entre el Espíritu Santo, la revelación y la transmisión de la verdad divina es la base de la autoridad apostólica de la Iglesia y el tema decisivo de nuestra fe en la Palabra que la Iglesia nos transmite. Además, como dice también el Concilio, el Espíritu Santo interviene en el nacimiento interior de la fe en el alma del hombre. Efectivamente, "cuando Dios revela, el hombre tiene que "someterse con la fe" (*cf. Rm* 16, 26; comp. con *Rm* 1, 5; *2 Co* 10, 5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece "el homenaje total de su entendimiento y voluntad", asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad". Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones" (*Dei Verbum*, 5).

7. Se trata aquí de la fe de la Iglesia en su conjunto y, en la Iglesia, de todo creyente. Se trata también de la "inteligencia" correcta de la divina revelación, que brota de la fe también por obra del Espíritu Santo, y del "desarrollo" de la fe mediante la "reflexión y el estudio de los creyentes". En efecto, hablando de la "Tradición de origen apostólico", el Concilio dice que "va creciendo en la Iglesia con la

ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (como María: cf. *Lc* 2, 19. 51), cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad" (*Dei Verbum*, 8). Y de la Sagrada Escritura dice que "inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo" (*Dei Verbum*, 21). Por eso "la Iglesia, esposa de la Palabra hecha carne, instruida por el Espíritu Santo, procura comprender cada vez más profundamente la Sagrada Escritura" (*Dei Verbum*, 23).

8. Por eso la Iglesia "venera la Escritura", se nutre de ella como de un "pan de vida" y "ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición" (*Dei Verbum*, 21). Y, puesto que "camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios" (*Dei Verbum*, 8), toda la vida de la Iglesia está animada por el Espíritu con el que invoca la venida gloriosa de Cristo. Como leemos en el Apocalipsis: "el Espíritu y la novia dicen: '¡Ven!' " (*Ap* 22, 17).

Para esta plenitud de verdad el Espíritu Santo conduce y garantiza la transmisión de la Revelación, preparando a la Iglesia y, en la Iglesia, a todos y a cada uno de nosotros, a la venida definitiva del Señor.

EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO DE LA VIDA SACRAMENTAL DE LA IGLESIA

CATEQUESIS
MIÉRCOLES
30 DE ENERO
EN LA SALA
PABLO VI

en el origen de la encarnación del Verbo, es la fuente viva de todos los sacramentos instituidos por Cristo y que la Iglesia administra. Precisamente a través de los sacramentos, él da a los hombres la "nueva vida", asociando a sí a la Iglesia como cooperadora en esta acción salvífica.

2. No es el caso de explicar ahora la naturaleza, la propiedad y las finalidades de los sacramentos, a los que dedicaremos, Dios mediante, otras cate-

1. Además de ser fuente de la verdad y principio vital de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, el Espíritu Santo es también fuente y principio de la vida sacramental, mediante la que la Iglesia toma fuerza de Cristo, participa de su santidad, se alimenta de su gracia, crece y avanza en su peregrinar hacia la eternidad. El Espíritu Santo, que está quesito. Pero podemos remitir siempre a la fórmula sencilla y precisa del antiguo catecismo, según el cual "los sacramentos son los medios de la gracia, instituidos por Jesucristo para salvarnos", y repetir una vez más que el Espíritu Santo es el autor, el difusor y casi el soplo de la gracia de Cristo en nosotros. En esta catequesis veremos cómo, según los textos evangélicos, este vínculo se reconoce en cada uno de los sacramentos.

3. El vínculo es especialmente claro en el bautismo, tal como lo describe Jesús en la conversación con Nicodemo, es decir, como "nacimiento de agua y de Espíritu Santo": "Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu es espíritu... tenéis que nacer de lo alto" (*Jn* 3, 5-7).

Ya el Bautista había anunciado y presentado a Cristo como "el que bautiza con Espíritu Santo" (*Jn* 1, 33), "en Espíritu Santo y fuego" (*Mt* 3, 11). En los Hechos de los Apóstoles y en los escritos apostólicos aparece la misma verdad aunque expresada de modo diverso. El día de Pentecostés Pedro invitaba a los oyentes de su mensaje: "Que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (*Hch* 2, 38). En sus cartas san Pablo habla de un "baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo", que derramó Jesucristo, nuestro Salvador (cf. *Ti* 3, 5-6); y recuerda a los bautizados: "Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (*1 Co* 6, 11). Y también les dice: "en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo" (*1 Co* 12, 13). En la doctrina de Pablo, al igual que en el evangelio, el Espíritu Santo y el nombre de Jesucristo están asociados en el anuncio, en la administración y en el reclamo del bautismo como fuente de la santificación y de la salvación, es decir, de la nueva vida de la que habla Jesús con Nicodemo.

4. La confirmación, sacramento unido al del bautismo, es presentada en los Hechos de los Apóstoles bajo la forma de una imposición de las manos,

por medio de la cual los Apóstoles comunicaban el don del Espíritu Santo. A los nuevos cristianos, que habían sido ya bautizados, Pedro y Juan "les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo" (*Hch* 8, 17). Lo mismo se dice del apóstol Pablo con respecto a otros neófitos: "Habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo" (*Hch* 19, 6).

Por medio de la fe y de los sacramentos, por tanto, hemos sido "sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia" (*Ef* 1, 13-14). A los Corintios, Pablo escribe: "Es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos unge, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones" (*2 Co* 1, 21-22; cf. *1 Jn* 2, 20. 27; 3, 24). La carta a los Efesios añade la advertencia significativa de que no entristezcamos al Espíritu Santo con el que "hemos sido sellados para el día de la redención" (*Ef* 3, 30).

De los Hechos de los Apóstoles se puede deducir que el sacramento de la confirmación era administrado mediante la imposición de las manos, tras el bautismo, "en el nombre del Señor Jesús" (cf. *Hch* 8, 15-17; 19, 5-6).

5. El vínculo con el Espíritu Santo en el sacramento de la reconciliación (o de la penitencia) lo establecen con firmeza las palabras de Cristo mismo después de la resurrección. En efecto, san Juan nos atestigua que Jesús soplo sobre los Apóstoles y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (*Jn* 20, 22-23). Y estas palabras pueden referirse también al sacramento de la unción de los enfermos, acerca del cual leemos en la carta de Santiago que "La oración de la fe —juntamente con la unción realizada por los presbíteros

"en el nombre del Señor"— salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados" (Sr 5, 14-15). En esta unción y oración, la tradición cristiana ha visto una forma inicial del sacramento (cf. santo Tomás, *Contra gentes*, IV, c. 73), y esta identificación fue confirmada por el Concilio de Trento (cf. Denz-S., 1695).

6. Por lo que respecta a la *Eucaristía*, en el Nuevo Testamento la relación con el Espíritu Santo aparece, al menos de modo indirecto, en el texto del evangelio según San Juan que refiere el anuncio hecho por Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm sobre la institución del sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, anuncio al que siguen estas significativas palabras: "El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida" (Jn 6, 63). Tanto la palabra como el sacramento tienen vida y eficacia operativa por el Espíritu Santo.

La tradición cristiana es consciente de este vínculo entre la Eucaristía y el Espíritu Santo. Así lo ha manifestado y lo manifiesta también hoy en la misa, cuando con la *epiclesis* la Iglesia pide la santificación de los dones ofrecidos sobre el altar: "con la fuerza del Espíritu Santo" (Plegaria eucarística tercera), o "con la efusión de su Espíritu" (Plegaria eucarística segunda), o "bendice y acepta, oh Padre, esta ofrenda" (Plegaria eucarística primera). La Iglesia subraya el misterioso poder del Espíritu Santo para la realización de la consagración eucarística, para la transformación sacramental del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y para la irradiación de la gracia en los que participan de ella y en toda la comunidad cristiana.

7. También con respecto al *sacramento del orden*, san Pablo habla del "carisma" (o don del Espíritu Santo) que sigue a la imposición de las manos (cf. 1 Tm 4, 14; 2 Tm 1, 6), y declara con firmeza que el *Espíritu Santo es quien "pone" a los obispos en la Iglesia* (cf. Hch 20, 28). Otros pasajes de las cartas de san Pablo y de los Hechos de los Apóstoles atestiguan que existe una relación especial entre el Espíritu Santo y los ministros de Cristo, es decir, los Apóstoles y sus colaboradores y luego sucesores como obispos, presbíteros y diáconos, herederos no sólo de su misión, sino también de los carismas, como veremos en la próxima catequesis.

8. Finalmente, deseo recordar que el *matrimonio sacramental*, "gran misterio... respecto a Cristo y la Iglesia" (Ef 5, 32), en el que tiene lugar, en nombre y por virtud de Cristo, la alianza de dos personas, un hombre y una mujer, como comunidad de amor que da vida, es la *participación humana en aquel amor divino* que "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Rm 5, 5). La tercera Persona de la Santísima Trinidad, que, según san Agustín, es en Dios la "comunión consustancial" (*communio consubstantialis*) del Padre y del Hijo (cf. *De Trinitate*, VI, 5. 7; PL 42, 928), por medio del sacramento del matrimonio forma la "comunión de personas" del hombre y de la mujer.

9. Al concluir esta catequesis, con la que hemos esbozado, por lo menos, la verdad de la presencia activa del Espíritu Santo en la vida sacramental de la Iglesia, como nos la muestra la *Sagrada Escritura*, la *Tradición* y, de modo especial, la *Liturgia sacramental*, no puedo menos de subrayar la necesidad de una continua profundización de esta doctrina maravillosa, y de reco-

mendar a todos el empeño de una práctica sacramental cada vez más conscientemente dócil y fiel al Espíritu Santo que, especialmente a través

de los "medios de salvación instituidos por Jesucristo", lleva a cumplimiento la misión confiada a la Iglesia en la realización de la redención universal.

EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO VIVIFICANTE DEL MINISTERIO PASTORAL EN LA IGLESIA

MIÉRCOLES 6 DE FEBRERO

1. Para la plena realización de la vida de fe, para la preparación a los sacramentos y para la ayuda continua a las personas y a las comunidades en la correspondencia a la gracia conferida a través de estos "medios salvíficos", existe en la Iglesia una estructura de ministerios (es decir, de encargos y órganos de servicio, *diaconías*), algunos de los cuales son de institución divina. Son, principalmente, los obispos, los presbíteros y los diáconos. Son bien conocidas las palabras que dirige san Pablo a los "presbíteros" de la Iglesia de Efeso y que nos refieren los Hechos de los Apóstoles: "Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su Hijo" (Hch 20, 28). En esta recomendación de Pablo se manifiesta el vínculo que existe entre el Espíritu Santo y el servicio o ministerio jerárquico, que se ejerce en la Iglesia. El Espíritu Santo que, obrando continuamente en la Iglesia, la ayuda a perseverar en la verdad de Cristo heredada de los Apóstoles e infunde a sus miembros toda la riqueza de la vida sacramental, es también quien "pone a los obispos", como leemos en los Hechos de los Apóstoles. Ponerlos no quiere decir simplemente nombrarlos o hacerlos nombrar, sino ser, desde el inicio, el principio vital de su ministerio de salvación en la Iglesia. Y lo que se dice de los obispos se puede decir de los demás ministerios subordinados. El Espíritu Santo es el Autor y el Dador de la fuerza divina, espiritual y pastoral, de toda la estructura ministerial, con la que Cristo Señor ha dotado a su Iglesia, edificada sobre los Apóstoles: en ella, como afirma san Pablo en la primera carta a los Corintios, "hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo" (1 Co. 12, 5).

2. Los Apóstoles, en toda su obra de evangelización y de gobierno, eran plenamente conscientes de esta verdad, que se refería a ellos en primer lugar. Así, Pedro dirigiéndose a los fieles esparcidos por diversas regiones del mundo pagano, les recuerda que la predicación evangélica fue realizada "en el Espíritu Santo enviado desde el cielo" (1 P 1, 12). De forma análoga, el apóstol Pablo en diversas ocasiones manifiesta la misma conciencia. Así en la segunda carta a los Corintios escribe: "Nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza, no de la letra, sino del Espíritu" (2 Co 3, 5-6). Según el Apóstol, el "servicio de la Nueva Alianza" está vivificado por el Espíritu Santo, en virtud del cual tiene lugar el anuncio del Evangelio y toda la obra de santificación, que Pablo fue llamado a desarrollar especialmente entre los pueblos ajenos a Israel. En efecto, él se presenta a sí mismo a los Romanos como alguien que ha recibido la gracia de ser, "para los gentiles, ministros de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo" (Rm 15, 16).

Pero todo el colegio apostólico sabía que estaba inspirado, mandado y movido por el Espíritu Santo en el servicio a los fieles, tal como se pone de manifiesto en aquella declaración conclusiva del Concilio de los Apóstoles y de sus más estrechos colaboradores —los “presbíteros”— en Jerusalén: “Hemos decidido *el Espíritu Santo y nosotros*” (Hch 15, 28).

3. El apóstol Pablo con frecuencia afirma que, con el *ministerio* que él ejerce en virtud del Espíritu Santo, pretende “*mostrar el Espíritu y su poder*”. En su mensaje no se hallan “el prestigio de la palabra”, ni “los persuasivos discursos de la sabiduría” (1 Co 2, 1. 4) porque, como Apóstol, él habla “no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales” (1 Co 2, 13). Y aquí hace él esa distinción tan significativa entre “*el hombre natural*”, que no capta “las cosas del Espíritu de Dios” y “*el hombre espiritual*”, que “*lo juzga todo*” (1 Co 2, 14-15) a la luz de la verdad revelada por Dios. El Apóstol puede escribir de sí mismo —como de los demás anunciadores de la palabra de Cristo— que Dios les reveló las cosas referentes a los divinos misterios “por medio del Espíritu, y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios” (1 Co 2, 10).

4. Pero a la conciencia del poder del Espíritu Santo, que está presente y actúa en su ministerio, corresponde en san Pablo la concepción de su *apostolado como servicio*. Recordemos aquella hermosa síntesis de todo su ministerio: “*No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús*” (2 Co 4, 5). Estas palabras, reveladoras del pensamiento y la intención que Pablo lleva en su corazón, son decisivas para el planteamiento de todo *ministerio de la Iglesia y en la Iglesia* a lo largo de los siglos, y constituyen la clave esencial para entenderlo de modo evangélico. Son la base de la misma espiritualidad que debe florecer en los sucesores de los Apóstoles y en sus colaboradores: servicio humilde de amor, aun teniendo presente lo que el mismo apóstol Pablo afirma en la primera carta a los Tesalonicenses: “*Os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión*” (1 Ts 1, 5). Podríamos decir que son como las dos coordenadas que permiten situar el ministerio de la Iglesia: el espíritu de servicio y la conciencia del poder del Espíritu Santo, que actúa en la Iglesia. Humildad de servicio y fuerza de espíritu, que deriva de la convicción personal de que el Espíritu Santo nos asiste y sostiene en el ministerio, si somos dóciles y fieles a su acción en la Iglesia.

5. Pablo estaba convencido de que su acción derivaba de esa fuente transcendente. Y no vacilaba en escribir a los Romanos: “Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo referente al servicio de Dios. Pues no me atrevere a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por medio de mí para conseguir la obediencia de los gentiles, de palabra y de obra, en virtud de señales y prodigios, *en virtud del Espíritu de Dios*...” (Rm 15, 17-19).

Y en otra ocasión, tras haber dicho a los Tesalonicenses, como ya aludimos, “*Os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión*”, Pablo cree que puede darles este hermoso testimonio: “*Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones. De esta manera os habéis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya*...”

(1 Ts 1, 6-7). Es la perspectiva más espléndida y debe ser el propósito más comprometedor de todos los que han sido llamados a ejercer los ministerios en la Iglesia: ser, como Pablo, no sólo anunciadores, sino también testigos de fe y modelos de vida, y tender a lograr que también los fieles lo sean los unos para los otros en el ámbito de la misma Iglesia y entre las diversas Iglesias particulares.

6. Esta es la verdadera gloria del ministerio que, según el mandato de Jesús a los Apóstoles, debe servir para predicar “la conversión para el perdón” (Lc 24, 47). Sí, es un ministerio de humildad, pero también de gloria. Todos los que están llamados a ejercerlo en la Iglesia pueden hacer suyas dos expresiones de los sentimientos de Pablo. En primer lugar: “*Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación*. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo (...). Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!” (2 Co 5, 18-20). El segundo texto es aquel en que Pablo, considerando el “*ministerio de la Nueva Alianza*” como un “*ministerio del Espíritu*” (2 Co 3, 6) y, comparándolo con el que ejerció Moisés en el Sinaí como mediador de la Antigua Ley (cf. Ex 24, 12), observa: si aquel “*resultó glorioso hasta el punto de no poder los hijos de Israel fijar su vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, aunque pasajera, ¡cuánto más glorioso no será el ministerio del Espíritu!*”. Refleja en sí “la gloria sobreeminente” de la Nueva Alianza (2 Co 3, 7-10).

Es la gloria de la reconciliación que tuvo lugar en Cristo. Es la gloria del servicio prestado a los hermanos con la predicación del mensaje de la salvación. Es la gloria de no habernos predicado a nosotros mismos, “sino a Cristo Jesús como Señor” (2 Co 4, 5). Repitémoslo siempre: ¡es la gloria de la cruz!

7. La Iglesia ha heredado de los Apóstoles la conciencia de la presencia y de la asistencia del Espíritu Santo. Lo atestigua el Concilio Vaticano II, cuando escribe en la constitución *Lumen gentium*: “*El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo* (cf. 1 Co 3, 16; 6, 19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Ga 4, 6; Rm 8, 15-16. 26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4, 11-12; 1 Co 12, 4; Ga 5, 22)” (*Lumen gentium*, 4).

De esta íntima conciencia deriva el sentido de paz que los pastores de la grey de Cristo conservan también en las horas en que se desencadena sobre el mundo y sobre la Iglesia la tempestad. Ellos saben que, por encima de sus límites y de su incapacidad, pueden contar con el Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia y el guía de la historia.

EL ESPÍRITU SANTO, FUENTE DE LOS DONES ESPIRITUALES Y DE LOS CARISMAS EN LA IGLESIA

CATEQUESIS
MIÉRCOLES
27 DE FEBRERO
EN LA SALA
PABLO VI

1. Hemos concluido la anterior catequesis con un texto del Concilio Vaticano II que es necesario recoger como punto de partida para la catequesis de hoy. Leemos en la constitución *Lumen gentium*: "El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. *1 Co* 3, 16, 6, 19), y con ellos ora y da testimonio de su

adopción como hijos (cf. *Ga* 4, 6, *Rm* 15-16 y 26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. *Jn* 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. *Ef* 4, 11-12; *1 Co* 12, 4)" (n. 4).

Tras haberme referido en la anterior catequesis a la estructura ministerial de la Iglesia, animada y sostenida por el Espíritu Santo, quiero abordar ahora, siguiendo la línea del Concilio, el tema de los dones espirituales y de los carismas que él otorga a la Iglesia como *Dador munerum*. Dador de los dones, según la invocación de la Secuencia de Pentecostés.

2. También aquí podemos recurrir a las cartas de san Pablo para exponer la doctrina de modo sintético, tal como lo exige la índole de la catequesis. Leemos en la primera carta a los Corintios: "Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos" (12, 4-6). La relación establecida en estos versículos entre la diversidad de carisma, de ministerios y de operaciones, nos sugiere que el Espíritu Santo es el Dador de una multiforme riqueza de dones, que acompaña los ministerios y la vida de fe, de caridad, de comunión y de colaboración fraterna de los fieles, como resulta patente en la historia de los Apóstoles y de las primeras

comunidades cristianas.

San Pablo hace hincapié en la *multiplicidad de los dones*: "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu: a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, diversidad de lenguas" (*1 Co* 12, 8-10). Es preciso resaltar aquí que la enumeración del Apóstol no reviste un carácter limitativo. *Pablo señala los dones particularmente significativos en la Iglesia de entonces, dones que tampoco han dejado de manifestarse en épocas sucesivas, pero sin agotar, ni en sus comienzos ni después, el horizonte de nuevos carismas que el Espíritu Santo puede conceder, de acuerdo con las nuevas necesidades.* Puesto que "a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (*1 Co* 12, 7), cuando surgen nuevas exigencias y nuevos problemas en la "comunidad", la historia de la Iglesia nos confirma la presencia de nuevos dones.

3. Cualquiera que sea la naturaleza de los dones, y aunque den la impresión de servir principalmente a la persona que ha sido beneficiada con ellos (por ejemplo, la "glosolalia" a la que alude el Apóstol en *1 Co* 14, 5-18), todos convergen de alguna manera hacia el servicio común, *sirven para edificar "un Cuerpo"*: "Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados,

para no formar más que un cuerpo... Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (*1 Co* 12, 13). De ahí la recomendación de Pablo a los Corintios: "Ya que aspiráis a los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la asamblea" (*1 Co* 14, 12). En el mismo contexto se sitúa la exhortación "aspirad... a la profecía" (*1 Co* 14, 1), más "útil" para la comunidad que el don de lenguas. "Pues el que habla en lengua no habla a los hombres sino a Dios. En efecto, nadie lo entiende: dice en espíritu cosas misteriosas. Por el contrario, el que profetiza, habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación... edifica a toda la asamblea" (*1 Co* 14, 2-3).

Evidentemente Pablo prefiere los carismas de la edificación, podríamos decir, del apostolado. Pero, por encima de todos los dones, recomienda el que más sirve para el bien común: "Buscad la caridad" (*1 Co* 14, 1). La caridad fraterna, enraizada en el amor a Dios, es el "camino perfecto", que Pablo se siente instado a indicar y que exalta con un himno, no sólo de elevado lirismo, sino también de sublime espiritualidad (cf. *1 Co* 13, 1-13).

4. El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática sobre la Iglesia, recoge la enseñanza paulina acerca de los dones espirituales y, en especial, de los carismas, precisando que "estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de la autenticidad de su ejercicio razonable, pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espí-

ritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. *1 Ts* 5, 12 y 19, 21)" (*Lumen gentium*, 12). Este texto de sabiduría pastoral se coloca en la línea de las recomendaciones y normas que, como ya hemos visto, san Pablo daba a los corintios con el propósito de ayudarlos a valorar correctamente los carismas y discernir los verdaderos dones del Espíritu.

Según el mismo Concilio Vaticano II, entre los carismas más importantes figuran los que sirven para la plenitud de la vida espiritual, en especial los que se manifiestan en las diversas formas de vida "consagrada", de acuerdo con los consejos evangélicos, que el Espíritu Santo suscita siempre en medio de los fieles. Leemos en la constitución *Lumen gentium*: "Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, de pobreza y de obediencia, como fundados en las palabras y ejemplos del Señor, y recomendados por los Apóstoles y Padres, así como por los doctores y pastores de la Iglesia, son un don divino que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre. La autoridad de la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, se preocupó de interpretar estos consejos, de regular su práctica e incluso de fijar formas estables de vivirlos... El estado religioso... muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia. Por consiguiente, el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible a su vida y santidad... La misma jerarquía, siguiendo dócilmente el impulso del Espíritu Santo, admite las reglas propuestas por varones y mujeres ilustres, y las aprueba auténticamente" (núms. 43-45).

Es muy importante esta concepción del estado religioso como obra del Espíritu Santo, mediante la cual la Tercera Persona de la Trinidad hace casi visible la acción que despliega en toda la Iglesia para llevar a los fieles a la perfección de la caridad.

5. Por lo tanto, es legítimo reconocer la presencia operativa del Espíritu Santo en el empeño de quienes —obispos, presbíteros, diáconos y laicos de todas las categorías— se esfuerzan por vivir el Evangelio en su propio estado de vida. Se trata de “diversos órdenes”, como dice el Concilio (*Lumen gentium*, 13), que manifiestan la “multiforme gracia de Dios”. Es importante para todos que “cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido” (P 4, 10). De la abundancia y de la variedad de los dones brota la comunión de la Iglesia, una y universal en la variedad de los pueblos, las tradiciones, las vocaciones y las experiencias espirituales.

La acción del Espíritu Santo se manifiesta y actúa en la multiplicidad y en la riqueza de los carismas que acompañan a los ministerios; y éstos se ejercen de diversas formas y medidas, en respuesta a las necesidades de los tiempos y de los lugares; por ejemplo, en la ayuda prestada a los pobres, a los enfermos, a los necesitados, a los minusválidos y a los que están “impedidos” de un modo u otro. También se ejercen, en una esfera más elevada, mediante el consejo, la dirección espiritual, la pacificación entre los contendientes, la conversión de los pecadores, la atracción hacia la palabra de Dios, la eficacia de la predicación y de la palabra escrita, la educación a la fe, el fervor por el bien, etc. Se trata de un abanico muy grande de carismas, por medio de los cuales el Espíritu Santo infunde en la Iglesia su caridad y su santidad, en analogía con la economía ge-

neral de la creación, en la que, como nota santo Tomás, el único Ser de Dios hace partícipes a las cosas de su perfección infinita (cf. *Summa Theologiae*, II-II, q. 183, a. 2).

6. No hay que contraponer estos carismas a los ministerios de carácter jerárquico y, en general, a los “oficios”, que también han sido establecidos con vistas a la unidad, el buen funcionamiento y la belleza de la Iglesia. El orden jerárquico y toda la estructura ministerial de la Iglesia se halla bajo la acción de los carismas, como se deduce de las palabras de san Pablo en sus cartas a Timoteo: “No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros” (1 Tm 4, 14); “te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (2 Tm 1, 6).

Hay, pues, un carisma de Pedro, hay carismas de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos; hay un carisma concedido a quien está llamado a ocupar un cargo eclesialístico, un ministerio. Se trata de descubrir, reconocer y aceptar estos carismas, pero sin presunción alguna. Por esta razón el Apóstol escribe a los Corintios: “En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia” (1 Co 12, 1). Pablo empieza precisamente en este punto su enseñanza sobre los carismas: indica una línea de conducta para los convertidos de Corinto quienes, cuando aún eran paganos, se dejaban “arrastrar ciegamente hacia los ídolos mudos” (manifestaciones anómalas que debían rechazar). “Por eso os hago saber que nadie, si no hablando con el Espíritu de Dios puede decir: ‘¡Jesús es Señor!’” (1 Co 12, 3). Esta verdad, junto con la de la Trinidad, es fundamental para la fe cristiana. La profesión de fe en esta verdad es un don del

Espíritu Santo, y esto es mucho más que un mero acto de conocimiento humano. En este acto de fe, que está y debe estar en los labios y en el corazón de todos los verdaderos creyentes, “se manifiesta” el Espíritu Santo (cf. 1 Co

12, 7). Es la primera y más elemental realización de lo que decía Jesús en la última Cena: “El (Espíritu Santo) me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 14).

EL ESPÍRITU SANTO, HUESPED DIVINO DEL ALMA

CATEQUESIS
MIÉRCOLES
20 DE MARZO
EN EL AULA
PABLO VI

1. En una catequesis precedente había anunciado que volvería a tocar temas relacionados con la presencia y la acción del Espíritu Santo en el alma. Temas fundados teológicamente y ricos desde el punto de vista espiritual, que ejercen un atractivo e, incluso, una cierta fascinación sobrenatural sobre aquellas personas que desean profundizar en su vida interior, atentas y dóciles a la voz de Aquel que habita en ellas como en un templo y que, desde su interior, las ilumina y las sostiene por el camino de la coherencia evangélica. En estas almas pensaba mi predecesor León XIII cuando escribió la encíclica *Divinum illud* acerca del Espíritu Santo (9 de mayo de 1897) y, luego, la carta *Ad fovendum* sobre la devoción del pueblo cristiano hacia su divina Persona (18 de abril de 1902), estableciendo en su honor la celebración de una novena especial, dirigida de modo particular a obtener el bien de la unidad de los cristianos (“*ad maturandum christianae unitatis bonum*”). El Papa de la *Rerum novarum* era también el Papa de la devoción al Espíritu Santo, pues sabía a qué fuente era preciso acudir para obtener la energía a fin de realizar el bien verdadero, incluso en el ámbito social. Hacia esa misma fuente quise atraer la atención de los cristianos de nuestro tiempo con la encíclica *Dominum et vivificantem* (16 de mayo de 1986), y a ella quiero dedicar la parte conclusiva de la catequesis pneumatológica.

2. Podemos decir que, en la base de una vida cristiana caracterizada por la interioridad, la oración y la unión con Dios, se encuentra una verdad que —como toda la teología y la catequesis pneumatológica— deriva de los textos de la Sagrada Escritura y, de manera especial, de las palabras de Cristo y de los Apóstoles: la verdad sobre la *inhabitación del Espíritu Santo*, como Huesped divino, en el alma del justo.

El apóstol Pablo, en su primera carta a los Corintios (3, 16), pregunta: “¿No sabéis que... el espíritu de Dios habita en vosotros? Ciertamente, el Espíritu Santo está presente y actúa en toda la Iglesia, como hemos visto en las catequesis precedentes; pero la realización concreta de su presencia y acción tiene lugar en la relación con la persona humana, con el alma del justo en la que él establece su morada e infunde el don obtenido por Cristo con la Redención. La acción del Espíritu Santo penetra en lo más íntimo del hombre, en el corazón de los fieles, y allí derrama la luz y la gracia que da vida. Es lo que pedimos en la Secuencia de la misa de Pentecostés: “*Luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo*”.

3. El apóstol Pedro, a su vez, en el discurso del día de Pentecostés, tras haber exhortado a los oyentes a la conversión y al bautismo, añade la promesa: “Recibiréis

el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 38). Por el contexto se ve que la promesa atañe personalmente a cada uno de los convertidos y bautizados. En efecto, Pedro se dirige expresamente a "cada uno" de los presentes (2, 38). Más tarde, Simón el mago pide a los Apóstoles que le hagan partícipe de su poder sacramental, diciendo: "Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo *aquel a quien yo imponga las manos*" (Hch 8, 19). El don del Espíritu Santo se entiende como don concedido a cada uno de las personas. La misma constatación tiene lugar en el episodio de la conversión de Cornelio y de su casa: mientras Pedro les explicaba el misterio de Cristo, "el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra" (Hch 10, 44). El Apóstol reconoce, luego: "Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros" (Hch 11, 17). Según Pedro, la venida del Espíritu Santo significa su presencia en aquellos a quienes se comunica.

4. A propósito de esta presencia del Espíritu Santo en el hombre, es preciso recordar los modos sucesivos de presencia divina en la historia de la salvación. En la Antigua Alianza, Dios se halla presente y manifiesta su presencia, al principio, en la "tienda" del desierto y, más tarde, en el "Santo de los Santos" del templo de Jerusalén. En la Nueva Alianza la presencia tiene lugar y se identifica con la encarnación del Verbo: Dios está presente en medio de los hombres en su Hijo eterno, mediante la humanidad que asumió en unidad de persona con su naturaleza divina. Con esta presencia visible en Cristo, Dios prepara por medio de él una nueva presencia, invisible, que se realiza con la venida del Espíritu Santo. Si; la presencia de Cristo "en medio" de los hombres abre el camino a la presencia del Espíritu Santo, que es una presencia interior, una presencia en los corazones humanos. Así se cumple la profecía de Ezequiel (36, 26-27): "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo... Infundiré mi espíritu en vosotros".

5. Jesús mismo, la víspera de su partida de este mundo para volver al Padre mediante la cruz y la ascensión al cielo, anuncia a los Apóstoles la venida del Espíritu Santo: "Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad" (Jn 14, 16-17). Pero él mismo dice que esa presencia del Espíritu Santo, su inhabitación en el corazón humano, que implica también la del Padre y del Hijo, está condicionada por el amor: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23).

En el discurso de Jesús, la referencia al Padre y al Hijo incluye al Espíritu Santo, a quien san Pablo y la tradición patristica y teológica atribuyen la inhabitación trinitaria, porque es la Persona-Amor y, por otra parte, la presencia interior es necesariamente espiritual. La presencia del Padre y del Hijo se realiza mediante el Amor y, por tanto, en el Espíritu Santo. Precisamente en el Espíritu Santo, Dios, en su unidad trinitaria, se comunica al espíritu del hombre.

Santo Tomás de Aquino dirá que sólo en el espíritu del hombre (y del ángel) es posible esta clase de presencia divina —por inhabitación—, pues sólo la criatura racional es capaz de ser elevada al conocimiento, al amor consciente y al goce de Dios como Huésped interior: y esto tiene lugar por medio del Espíritu Santo que, por ello, es el primero y fundamental *Don* (*Summa Theol.*, I, q. 38, a. 1).

6. Pero, por esta inhabitación, los hombres se convierten en "templos de Dios": de Dios-Trinidad, porque es el Espíritu Santo quien habita en ellos, como recuerda el Apóstol a los Corintios (cf. 1 Co 3, 16). Y Dios es santo y santificante. Más aún,

el mismo Apóstol especifica un poco más adelante: "¿O no sabéis que *vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo que está en vosotros* y habéis recibido de Dios?" (1 Co 6, 19). Por consiguiente, la inhabitación del Espíritu Santo implica una especial consagración de toda la persona humana (San Pablo subraya en ese texto su dimensión corpórea) a semejanza del templo. Esta consagración es santificadora, y constituye la esencia misma de la gracia salvífica, mediante la cual el hombre accede a la participación de la vida trinitaria en Dios. Así, se abre en el hombre una fuente interior de santidad, de la que deriva la vida "según el Espíritu", como advierte Pablo en la carta a los Romanos (8, 9): "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros". Aquí se funda la esperanza de la resurrección de los cuerpos, porque "si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rm 8, 11).

7. Es preciso notar que la inhabitación del Espíritu Santo —que santifica a todo el hombre, alma y cuerpo— confiere una dignidad superior a la persona humana, y da nuevo valor a las relaciones interpersonales, incluso corporales, como advierte san Pablo en el texto de la primera carta a los Corintios que acabamos de citar (1 Co 6, 19).

El cristiano, mediante la inhabitación del Espíritu Santo, llega a encontrarse en una relación particular con Dios, que se extiende también a todas las relaciones interpersonales, tanto en el ámbito familiar como en el social. Cuando el Apóstol recomienda "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios" (Ef 4, 30), se basa en esta verdad revelada: la presencia personal de un Huésped interior, que puede ser "entristecido" a causa del pecado —mediante todo pecado—, ya que éste es siempre contrario al amor. El mismo, como Persona-Amor, morando en el hombre, crea en el alma una especie de exigencia interior de vivir en el amor. Lo sugiere san Pablo cuando escribe a los Romanos que el amor de Dios (es decir, la poderosa corriente de amor que viene de Dios) "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO DE LA VIDA NUEVA CON LA ABUNDANCIA DE SUS DONES

CATEQUESIS MIÉRCOLES 3 DE ABRIL EN LA SALA PABLO VI

1. El Espíritu Santo, huésped del alma, en la fuente íntima de la vida nueva con la que Cristo vivifica a los que creen en él: una vida según la "ley del Espíritu" que, en virtud de la Redención, prevalece sobre el poder del pecado y de la muerte, que actúa en el hombre después de la caída original. San Pablo mismo se sumerge en este drama del conflicto entre el sentimiento íntimo del bien y la atracción del mal, entre la tendencia de la "mente" a cumplir la ley de Dios y la tiranía de la "carne" que somete al pecado (cf. Rm 7, 14-23). Y exclama: "¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?" (Rm 7, 24).

Pero aquí entra la nueva experiencia íntima que corresponde a la verdad revelada sobre la acción redentora de la gracia: "Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte..." (Rm

8, 1-2). Es un nuevo régimen de vida inaugurado en los corazones "por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

2. Toda la vida cristiana se desarrolla en la fe y en la caridad, en la práctica de todas las virtudes, según la acción íntima de este Espíritu renovador, del que procede la gracia que justifica, vivifica y santifica, y con la gracia proceden las nuevas virtudes que constituyen el entramado de la vida sobrenatural. Se trata de la vida que se desarrolla no sólo por las facultades naturales del hombre —entendimiento, voluntad, sensibilidad— sino también por las nuevas capacidades adquiridas (*superadditae*) mediante la gracia, como explica santo Tomás de Aquino (*Summa Theol.*, I-II, q. 62, aa. 1, 3). Ellas dan a la inteligencia la posibilidad de adherirse a Dios-Verdad mediante la fe; al corazón, la posibilidad de amarlo mediante la caridad, que es en el hombre como "una participación del mismo amor divino, el Espíritu Santo" (II-II, q. 23, a. 3, ad. 3); y a todas las potencias del alma y, de algún modo, también del cuerpo, la posibilidad de participar en la nueva vida con actos dignos de la condición de hombres elevados a la participación de la naturaleza y de la vida de Dios mediante la gracia: "*consortes divinae naturae*", como dice san Pedro (2 P 1, 4).

Es como un nuevo organismo interior, en el que se manifiesta la ley de la gracia: ley escrita en los corazones, más que en tablas de piedra o en códices de papel; ley a la que san Pablo llama, como hemos visto, "ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús" (Rm 8, 2; cf. san Agustín, *De spiritu et littera*, c. 23; PL 44, 225; santo Tomás, *Summa Theol.*, I-II, q. 106, a. 1).

3. En las catequesis anteriores, dedicadas a la influencia del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, hemos subraya-

do la multiplicidad de los dones que él concede para el desarrollo de toda la comunidad. La misma multiplicidad se realiza en la vida cristiana personal: todo hombre recibe los dones del Espíritu Santo en la condición existencial concreta en que se halla, en la medida del amor de Dios, del que derivan la vocación, el camino y la historia espiritual de cada uno.

Lo leemos en la narración de Pentecostés, en la que el Espíritu Santo llena a toda la comunidad, pero llena también a cada uno de las personas presentes. Efectivamente, mientras del viento, que simboliza el Espíritu, se dice que "llenó toda la casa en la que se encontraban" (Hch 2, 2), de las lenguas de fuego, otro símbolo del Espíritu, se precisa que "se posaron sobre cada uno de ellos" (2, 3). Así, pues, "quedaron todos llenos del Espíritu Santo" (2, 4). La plenitud se da a cada uno; y esta plenitud implica una multiplicidad de dones para todos los aspectos de la vida personal.

Entre estos dones, queremos recordar e ilustrar brevemente aquí los que en el catecismo, así como en la tradición teológica, suelen llamarse *dones del Espíritu Santo*. Es verdad que *todo es don*, tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza y, más en general, en toda la creación. Pero el nombre de *dones del Espíritu Santo*, en el lenguaje teológico y catequístico, se reserva a las energías exquisitamente divinas que el Espíritu Santo infunde en el alma para perfeccionamiento de las virtudes sobrenaturales, con el fin de dar al espíritu humano la capacidad de actuar de *modo divino* (cf. *Summa Theol.*, I-II, q. 68, aa. 1, 6).

4. Hay que decir que una primera descripción y enumeración de dones se halla en el Antiguo Testamento, y precisamente en el libro de Isaías, en el que el profeta atribuye al rey mesiánico "espíritu de sabiduría y de inteli-

gencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor del Señor", y luego nombra dos veces el sexto don diciendo que el rey "le inspirará en el temor de Yahveh" (Is 11, 2-3).

En la versión griega de los Setenta y en la Vulgata latina de san Jerónimo se evita la repetición; en el sexto don se ha puesto "piedad" en vez de "temor de Dios", de forma que el oráculo termina con estas palabras: "Espíritu de ciencia y de piedad, y será lleno del espíritu de temor del Señor" (v. 2-3). Pero se puede decir que el desdoblamiento del *temor* y de la *piedad*, cercano a la tradición bíblica sobre las virtudes de los grandes personajes del Antiguo Testamento, en la tradición teológica y catequética cristiana se convierte en una relectura más plena de la profecía, aplicada al Mesías, y en un enriquecimiento de su sentido literal. Jesús mismo, en la sinagoga de Nazaret, se aplica a sí mismo otro texto mesiánico de Isaías (61, 1): "el Espíritu del Señor sobre mí..." (Lc 4, 18), que corresponde al comienzo del oráculo que acabamos de citar, inicio que dice así: "reposará sobre él el espíritu de Yahveh" (Is 11, 2). Según la tradición recogida por santo Tomás, los dones del Espíritu Santo "los nombra la Escritura como existencia en Cristo según el texto de Isaías", pero se hallan, por derivación de Cristo, en el alma cristiana (cf. I-II, q. 68, a. 1).

Las referencias bíblicas que acabamos de hacer se compararon con las actitudes fundamentales del alma humana, consideradas a la luz de la elevación sobrenatural y de las mismas virtudes infusas. Así, se desarrolló la teología medieval de los *siete dones*, que aun sin presentar un carácter dogmático absoluto y, por tanto, sin pretender ofrecer un número limitado de los dones ni de las categorías especí-

ficas en las que se pueden distribuir, tuvo y sigue teniendo una gran utilidad, tanto para la comprensión de la multiplicidad de los mismos dones en Cristo y en los santos, como cauce para el buen ordenamiento de la vida espiritual.

5. Santo Tomás (cf. I-II, q. 68, a. 4, 7) y los demás teólogos y catequistas han sacado del mismo texto de Isaías la indicación para una distribución de los dones con miras a la vida espiritual, proponiendo una ilustración de ellos que aquí sólo podemos sintetizar:

1) Ante todo, está el *Don de sabiduría*, mediante el cual el Espíritu Santo ilumina la inteligencia, haciéndole conocer "las razones supremas" de la revelación y de la vida espiritual y formando en ella un juicio sano y recto sobre la fe y la conducta cristiana: de hombre "espiritual" (*pneumático*), diría san Pablo, y no sólo "natural" (*psíquico*) o incluso "carneal" (cf. 1 Co 2, 14-15; Rm 7, 14).

2) Esta también el *Don de inteligencia*, como agudeza especial, dada por el Espíritu para intuir la palabra de Dios en su profundidad y sublimidad.

3) El *Don de ciencia* es la capacidad sobrenatural de ver y determinar con exactitud el contenido de la revelación y de la distinción entre las cosas y Dios en el conocimiento del universo.

4) Con el *Don del consejo* el Espíritu Santo da una habilidad sobrenatural para regularse en la vida personal por lo que se refiere a la realización de acciones arduas y en las opciones difíciles que hay que tomar, así como en el gobierno y en la guía de los demás.

5) Con el *Don de fortaleza* el Espíritu Santo sostiene la voluntad y la hace pronta, activa y perseverante para afrontar las dificultades y sufrir.

mientos, incluso extremos, como acontece sobre todo en el martirio: en el de sangre, pero también en el del corazón y en el de la enfermedad o la debilidad.

6) Mediante el *Don de piedad* el Espíritu Santo orienta el corazón del hombre hacia Dios con sentimientos, afectos, pensamientos, oraciones que expresan la filiación con respecto al Padre que Cristo ha revelado. Hace penetrar y asimilar el misterio del "Dios con nosotros", especialmente en la unión con Cristo, Verbo encarnado, en las relaciones filiales con la bienaventurada Virgen María, en la compañía de los ángeles y santos del cielo, en la comunión con la Iglesia.

7) Con el *Don del temor de Dios* el Espíritu Santo infunde en el alma cristiana un sentido de profundo respeto por la ley de Dios y los imperativos que se derivan de ella para la conducta cristiana, liberándola de las tentaciones del "temor servil" y enriqueciéndola, por el contrario, con el "temor filial", empapado de amor.

6. Esta doctrina sobre los Dones del Espíritu Santo es para nosotros un

magisterio de vida espiritual utilísimo para orientarnos a nosotros mismos y para educar a los hermanos —a quienes tenemos la responsabilidad de formar— en un diálogo incesante con el Espíritu Santo y en un abandono confiado y amoroso en su guía. Está vinculada y se puede referir siempre al texto mesiánico de Isaías que, aplicado a Jesús, habla de la grandeza de su perfección y, aplicado al alma cristiana, marca los momentos fundamentales del dinamismo de su vida interior: *comprender* (sabiduría, ciencia e inteligencia), *decidir* (consejo y fortaleza), *permanecer* y *crecer* en la *relación personal con Dios*, tanto en la vida de oración como en la buena conducta según el Evangelio (piedad, temor de Dios).

Por eso, es de fundamental importancia sintonizar con el eterno Espíritu-Don, tal como nos lo da a conocer la revelación en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: un único infinito Amor, que se nos comunica mediante una multiplicidad y variedad de manifestaciones y donaciones, en armonía con la economía general de la creación.

EL ESPÍRITU SANTO RAÍZ DE LA VIDA INTERIOR

MIÉRCOLES
10 DE ABRIL

1. San Pablo nos ha hablado en la catequesis anterior de la "ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús" (Rm 8, 2); una ley según la cual hay que vivir, si se quiere "caminar según el Espíritu" (cf. Ga 5, 25), realizando las obras del Espíritu, no las de la "carne".

El Apóstol pone de relieve la contraposición entre "carne" y "Espíritu", y entre los dos tipos de obras, de pensamientos y de vida que dependen de ella: "Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el Espíritu, lo espiritual.

Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del Espíritu, vida y paz" (Rm 8, 5-6).

El espectáculo de las "obras de la carne" y de las condiciones de decadencia espiritual y cultural a la que llega el *homo animalis* es desolador. Sin embargo, ello no debe hacer olvidar la realidad de la vida "según

el Espíritu", que es muy diversa y que también está presente en el mundo y se opone a la expansión de las fuerzas del mal. San Pablo habla de ello en la carta a los Gálatas poniendo de relieve el "fruto del Espíritu", que es "amor, gozo, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (cf. 5, 19-22), en contraposición a las "obras de la carne", que excluyen del "reino de Dios". Estas cosas —también según san Pablo— se le dictan al creyente desde el interior, es decir, desde la "ley del Espíritu" (Rm 8, 2), que está en él y lo guía en la vida interior (cf. Ga 5, 18, 25).

2. Por tanto, se trata de un principio de la vida espiritual y de la conducta cristiana, que es *interior* y al mismo tiempo *transcendente*, como se deduce ya de las palabras de Jesús a los discípulos: "El Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce... en vosotros está" (Jn 14, 17). El Espíritu Santo viene de lo alto, pero penetra y reside en nosotros para animar nuestra vida interior. Jesús no dice sólo: "él permanece junto a vosotros", lo cual puede sugerir la idea de una presencia que es solamente *cercana*, sino que añade que se trata de una presencia *dentro de nosotros* (cf. Jn 14, 17). San Pablo, a su vez, desea a los efesios que el Padre les conceda que sean "fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior" (Éf 3, 16); es decir, en el hombre que no se contenta con una vida externa, a menudo superficial, sino que trata de vivir en las "profundidades de Dios", escrutadas por el Espíritu Santo (cf. 1 Co 2, 10).

La distinción que hace Pablo entre el hombre "psíquico" y el hombre "espiritual" (cf. 1 Co 2, 13-14) nos ayuda a comprender la diferencia y la distancia que existe entre la madurez

connatural a las capacidades del alma humana y la madurez propiamente cristiana, que implica el desarrollo de la vida del Espíritu, la madurez de la fe, de la esperanza y de la caridad. La conciencia de esta raíz divina de la vida espiritual, que se expande desde lo íntimo del alma a todos los sectores de la existencia, incluso los externos y sociales, es un aspecto fundamental y sublime de la antropología cristiana. Fundamento de esa conciencia es la verdad de fe por la que creo que el Espíritu Santo habita en mí (cf. 1 Co 3, 16), ora en mí (cf. Rm 8, 26; Ga 4, 6), me guía (cf. Rm 8, 14) y hace que Cristo viva en mí (cf. Ga 2, 20).

3. También la comparación que Jesús utiliza en el coloquio con la samaritana junto al "pozo de Jacob" sobre el "agua viva" que *él dará a quien crea*, agua que "se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14), simboliza el manantial interior de la vida espiritual. Lo aclara Jesús mismo con ocasión de la "fiesta de las Tiendas" (cf. Jn 7, 2), cuando, "puesto en pie, gritó: 'si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí'; como dice la Escritura (cf. Is 55, 1): de su seno correrán ríos de agua viva". Y el evangelista Juan comenta: "esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él" (Jn 7, 37-39).

El Espíritu Santo desarrolla en el creyente todo el dinamismo de la gracia que da la vida nueva, y de las virtudes que traducen esta vitalidad en frutos de bondad. El Espíritu Santo actúa también desde el "seno" del creyente como fuego, según otra semejanza que utiliza el Bautista a propósito del bautismo: "él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt 3, 11); y Jesús mismo sobre su misión mesiánica: "He venido a arrojar un fuego sobre la tierra"

(Lc 12, 49). Por ello, el Espíritu suscita una vida animada por aquel fervor que san Pablo recomendaba en la carta a los Romanos: "sed fervorosos en el Espíritu" (12, 11). Es la "llama viva de amor" que purifica, ilumina, abrasa y consume, como tan bien explicó san Juan de la Cruz.

4. De esta forma se desarrolla en el creyente, bajo la acción del Espíritu Santo, una *santidad original*, que asume, eleva y lleva a la perfección la personalidad de cada uno, sin destruirla. Así, cada santo tiene su fisonomía propia. *Stella differt a stella*, se puede decir con san Pablo: "una estrella difiere de otra en resplandor" (1 Co 15, 41); no sólo en la "resurrección futura", a la que se refiere el Apóstol, sino también en la condición actual del hombre, que no es ya sólo *psíquico* (dotado de vida natural), sino *espiritual* (animado por el Espíritu Santo) (cf. 1 Co 15, 44 ss).

La santidad está en la perfección del amor. Y sin embargo varía según la multiplicidad de aspectos que el amor adquiere en las diversas condiciones de la vida personal. Bajo la acción del Espíritu Santo, cada uno vence en el amor el instinto del egoísmo, y desarrolla las mejores fuerzas en su modo original de darse. Cuando la fuerza expresiva y expansiva de la originalidad es muy poderosa, el Espíritu Santo hace que en torno a esas personas (aunque a veces permanezcan escondidas) se formen grupos de discípulos y seguidores. De este modo nacen corrientes de vida espiritual, escuelas de espiritualidad, institutos religiosos, cuya variedad en la unidad es, pues, efecto de esa divina intervención. El Espíritu Santo valora las capacidades de todos en las personas y en los grupos, en las comunidades y en las instituciones, entre los sacerdotes y entre los laicos.

5. De la fuente interior del Espíritu deriva también el *nuevo valor de libertad*, que caracteriza la vida cristiana. Como dice san Pablo: "donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (2 Co 3, 17). El Apóstol se refiere directamente a la libertad adquirida por los seguidores de Cristo respecto a la ley judaica, en sintonía con la enseñanza y la actitud de Jesús mismo. Pero el principio que él enuncia tiene un valor general. Efectivamente, él habla repetidas veces de la libertad como vocación del cristiano: "Hermanos, habéis sido llamados a la libertad" (Ga 5, 13). Y explica bien de qué se trata. Según el Apóstol, "el que camina según el Espíritu" (Ga 5, 13) vive en la libertad, porque no se halla ya bajo el yugo opresor de la carne: "Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne" (Ga 5, 16). "Las tendencias de la carne son muerte: mas las del Espíritu, vida y paz" (Rm 8, 6).

Las "obras de la carne", de las que está libre el cristiano fiel al Espíritu, son las del egoísmo y las pasiones, que impiden el acceso al reino de Dios. En cambio, las obras del Espíritu son las del amor: "Contra tales cosas —observa san Pablo— no hay ley" (Ga 5, 23).

Se deriva de aquí —según el Apóstol— que "si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley" (Ga 5, 18). Al escribir a Timoteo, no duda en decir: "La ley no ha sido instituida para el justo" (1 Tm 1, 9). Y santo Tomás explica: "La ley no tiene fuerza *coactiva* sobre los justos, sino sobre los malos" (I-II, q. 96, a. 5, ad. 1), puesto que los justos no hacen nada contrario a la ley. Más aún, guiados por el Espíritu Santo, hacen libremente más de lo que pide la ley (cf. Rm 8, 4; Ga 5, 13-16).

6. Esta es la admirable conciliación de la libertad y de la ley, fruto del Espíritu Santo que actúa en el justo, como habían predicho Jeremías y Ezequiel al anunciar la interiorización de la ley en la Nueva Alianza (cf. Jr 31, 31-34; Ez 36, 26-27).

"Infundiré mi Espíritu en vosotros" (Ez 36, 27). Esta profecía se ha verificado y sigue realizándose siempre en los fieles de Cristo y en el conjunto de la Iglesia. El Espíritu Santo da la posibilidad de ser, no meros observantes de la ley, sino libres, fervientes y fieles realizadores del designio de Dios. Se realiza así cuanto dice el Apóstol:

EL ESPÍRITU SANTO, LUZ DEL ALMA

CATEQUESIS MIÉRCOLES 24 DE ABRIL EN LA SALA PABLO VI

1. La vida espiritual tiene necesidad de iluminación y de guía. Por eso Jesús, al fundar la Iglesia y al mandar a los Apóstoles al mundo, les confió la tarea de hacer discípulos a todas las gentes, como leemos en el evangelio según san Mateo (28, 19-20), pero también la de "proclamar la Buena Nueva a toda la creación", como dice el texto ca-

nónico del evangelio de san Marcos (16, 15). También san Pablo habla del apostolado como de una iluminación para todos (cf. Ef 3, 9).

Pero esta obra de la Iglesia evangelizadora y maestra pertenece al ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores y, de manera diversa, a todos los miembros de la Iglesia, para continuar para siempre la obra de Cristo, el "único Maestro" (Mt 23, 8), que ha traído a la humanidad la plenitud de la revelación de Dios. Permanece la necesidad de un Maestro interior que haga penetrar en el espíritu y en el corazón de los hombres la enseñanza de Jesús. Es el Espíritu Santo, a quien Jesús mismo llama "Espíritu de verdad" y que, según nos promete, guiará hacia toda la verdad (cf. Jn 14, 17; 16, 13). Si Jesús ha dicho de sí mismo: "Yo soy la verdad" (Jn 14, 6), es esta verdad de Cristo la que el Espíritu Santo hace conocer y difundir: "No hablará por su cuenta, sino que hablará de lo que oiga... recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (Jn 16, 13-14). El Espíritu es Luz del alma: *Lumen cordium*, como la invocamos en la secuencia de Pentecostés.

2. El Espíritu Santo fue Luz y Maestro interior para los Apóstoles que debían conocer a Cristo en profundidad, a fin de poder llevar a cabo la tarea de ser sus evangelizadores. Lo ha sido y lo es para la Iglesia y, en la Iglesia, para los creyentes de todas las generaciones: de modo particular, para los teólogos y los maestros del espíritu, para los catequistas y los responsables de comunidades cristianas. Lo ha sido y lo es también para todos aquellos que, dentro y fuera de los límites visibles de la Iglesia, quieren seguir los caminos de Dios con corazón sin-

"Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor, antes bien, recibisteis un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!" (Rm 8, 14-15). Es la libertad de hijos que anunció Jesús como la verdadera libertad (cf. Jn 8, 36). Se trata de una libertad interior, fundamental, pero orientada siempre hacia el amor, que hace posible y casi espontáneo el acceso al Padre en el único Espíritu (cf. Ef 2, 18). Es la libertad guiada que resplandece en la vida de los santos.

cero y, sin culpa, no encuentran quién los ayude a descifrar los enigmas del alma y a descubrir la verdad revelada. Ojalá que el Señor conceda a todos nuestros hermanos —millones, es más, millares de millones— la gracia del recogimiento y de la docilidad al Espíritu Santo en los momentos que pueden ser decisivos en su vida.

Para nosotros, los cristianos, el magisterio íntimo del Espíritu Santo es una certeza gozosa, fundada en la palabra de Cristo sobre la venida del "otro Paráclito" que, según decía, "el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). "Os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16, 13).

3. Como resulta de este texto, Jesús no confía su palabra sólo a la memoria de sus oyentes: esta memoria será auxiliada por el Espíritu Santo, que reavivará continuamente en los apóstoles el recuerdo de los acontecimientos y el sentido de los misterios evangélicos.

De hecho, el Espíritu Santo guió a los Apóstoles en la transmisión de la palabra y de la vida de Jesús, inspirando ya sea su predicación oral y sus escritos, ya la redacción de los evangelios, como hemos visto en su momento en la catequesis sobre el Espíritu Santo y la revelación.

Pero sigue siendo él mismo el que ayuda a los lectores de la Escritura para que comprendan el significado divino que encierra el texto, del que es inspirador y autor principal: sólo él puede hacer conocer "las profundidades de Dios" (1 Co 2, 10), tal como están contenidas en el texto sagrado; él es quien ha sido enviado para instruir a los discípulos sobre las enseñanzas de su Maestro (cf. Jn 16, 13).

4. De este magisterio íntimo del Espíritu Santo nos hablan los mismos Apóstoles, los primeros transmisores de la palabra de Cristo. Escribe san Juan: "En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo [Cristo] y todos vosotros lo sabéis. Os he escrito, no porque desconocáis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira viene de la verdad" (1 Jn 2, 20-21). Según los Padres de la Iglesia y la mayoría de los exegetas modernos, esta "unción" (*chrisma*) designa al Espíritu Santo. Más aún, san Juan afirma que aquellos que viven según el Espíritu no tienen necesidad de otros maestros: "En cuanto a vosotros —escribe—, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas —y es verdadera y no mentirosa— según os enseñó, permaneced en él" (1 Jn 2, 27).

También el apóstol Pablo habla de una comprensión según el Espíritu, que no es fruto de sabiduría humana, sino de iluminación divina: "El hombre naturalmente (*psychicòs*) no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente (*pneumáticos*) pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo, y a él nadie puede juzgarlo" (1 Co 2, 14-15).

Por tanto, los cristianos, habiendo recibido el Espíritu Santo, unción de Cristo, poseen en sí mismos una fuente de conocimiento de la verdad, y el Espíritu Santo es el Maestro soberano que los ilumina y guía.

5. Si son dóciles y fieles a su magisterio divino, el Espíritu Santo los preserva del error, y los hace vencedores en el conflicto continuo entre el "espíritu de la verdad" y el "espíritu del error" (cf. 1 Jn 4, 6). El espíritu del error, que no reconoce a Cristo (cf. 1 Jn 4, 3), es esparcido por los "falsos profetas", siempre presentes en el mundo, también en medio del pueblo cristiano, con una acción a veces descubierta e incluso clamorosa, y a veces engañosa y servil. Como Satanás, también

ellos se visten a menudo como "ángeles de luz" (cf. 2 Co 11, 14) y se presentan con carismas de aparente inspiración profética y apocalíptica. Esto ya sucedía en los tiempos apostólicos. Por eso san Juan advierte: "Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo" (1 Jn 4, 1). El Espíritu Santo, como ha recordado el Concilio Vaticano II (cf. *Lumen gentium*, 12), protege al cristiano del error, haciéndolos discernir lo que es genuino de lo que es falso. El cristiano, por su parte, siempre necesita buenos criterios de discernimiento acerca de las cosas que escucha o lee en materia de religión, de Sagrada Escritura, de manifestaciones de lo sobrenatural, etc. Tales criterios son: la conformidad con el Evangelio, pues el Espíritu Santo no puede menos de "recibir de Cristo"; la sintonía con la enseñanza de la Iglesia, fundada y mandada por Cristo a predicar su verdad; la rectitud de la vida de quien habla o escribe; y los frutos de santidad que derivan de lo que se presenta o se propone.

6. El Espíritu Santo enseña al cristiano la verdad como principio de vida y le muestra la aplicación concreta de las palabras de Jesús en su vida. Además, hace descubrir la actualidad del Evangelio y su valor para todas las situaciones humanas, adapta la inteligencia de la verdad a todas las circunstancias, a fin de que esta verdad no permanezca sólo como abstracta y especulativa, y libera al cristiano de los peligros de la doblez y de la hipocresía.

Por eso, el Espíritu Santo ilumina a cada uno personalmente, para guiarlo en su comportamiento, indicándole el camino que tiene que seguir y abriéndole por lo menos alguna perspectiva en relación con el proyecto del Padre acerca de su vida. Es la gran gracia de luz que san Pablo pedía para los Colosenses: "La inteligencia espiritual" capaz de hacer que ellos comprendan la voluntad divina. En efecto, los tranquilizaba: "Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que llegéis al pleno conocimiento de su voluntad [de Dios] con toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena..." (Col 1, 9-10). Para todos nosotros es necesaria esta gracia de luz, a fin de que conozcamos bien la voluntad de Dios sobre nosotros y podamos vivir plenamente nuestra vocación personal.

No faltan nunca problemas que a veces parecen insolubles. Pero el Espíritu Santo socorre en las dificultades e ilumina. Puede revelar la solución divina, como en el momento de la Anunciación para el problema de la conciliación de la maternidad con el deseo de conservar la virginidad. Aunque no se trate de un misterio único, como el de la intervención de María en la encarnación del Verbo, puede decirse que el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de la mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables.

7. El Espíritu Santo concede y obra todo esto en el alma mediante sus dones, gracias a los cuales es posible practicar un buen discernimiento, no según los criterios de la sabiduría humana, que es necedad ante Dios, sino de la divina, que puede parecer necedad a los ojos de los hombres (cf. 1 Co 1, 18-25). En realidad, sólo el Espíritu "todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios" (1 Co 2, 10-11). Y si hay oposición entre el espíritu del mundo y el Espíritu de Dios, Pablo recuerda a los cristianos: "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado" (1 Co

2, 12). A diferencia del "hombre natural", el hombre, "espiritual" (*pneumático*), está abierto sinceramente al Espíritu Santo y es dócil y fiel a sus inspiraciones (cf. *1 Co* 2, 14-16). Por eso tiene habitualmente la capacidad de un juicio recto, bajo la guía de la sabiduría divina.

8. Un signo del contacto real con el Espíritu Santo en el discernimiento es y será siempre la adhesión a la verdad revelada como la propone el Magisterio de la Iglesia. El Maestro interior no inspira el disenso, la desobediencia y ni siquiera la resistencia injustificada frente a los pastores y maestros establecidos por él mismo en la Iglesia (cf. *Hch* 20, 29). A la autoridad de la Iglesia, como dice el Concilio en la constitución *Lumen gentium* (n. 12), compete "ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. *1 Ts* 5, 12 y 19-21)". Esta línea de sabiduría eclesial y pastoral viene también del Espíritu Santo.

EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO VITAL DE LA FE

MIÉRCOLES
8 DE MAYO

1. La fe es el don fundamental que concede el Espíritu Santo para la vida sobrenatural. El autor de la carta a los Hebreos insiste mucho en este don, cuando escribe a los cristianos atribulados por las persecuciones: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba (o convencimiento) de las realidades que no se ven" (*Hb* 11, 1). En ese texto de la carta a los Hebreos se ha visto una especie de definición teológica de la fe, que, como explica santo Tomás, citándolo, no tiene como objeto las realidades vistas con el intelecto o experimentadas con los sentidos, sino la verdad trascendente de Dios (*Veritas Prima*), que la revelación nos propone (cf. II-II, q. 1, a. 4; y a. 1).

Para animar a los cristianos, el autor de la carta a los Hebreos aduce el ejemplo de los creyentes del Antiguo Testamento, casi resumiendo la hagiografía del libro del Eclesiástico (capítulos 44-50), para decir que todos ellos se movieron hacia el Dios invisible porque estaban sostenidos por la fe. La carta cita diecisiete ejemplos: "Por la fe, Abel... Por la fe, Noé... Por la fe, Abraham... Por la fe, Moisés...". Y nosotros podemos añadir: Por la fe, María... Por la fe, José... Por la fe, Simeón y Ana... Por la fe, los Apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes; y los obispos, los presbíteros, los religiosos y los laicos cristianos de todos los siglos... Por la fe, la Iglesia ha caminado a lo largo de los siglos y sigue caminando hoy hacia el Dios invisible, bajo el impulso y la guía del Espíritu Santo.

2. La virtud sobrenatural de la fe puede asumir una forma *carismática*, como don extraordinario reservado sólo a algunos (cf. *1 Co* 12, 9). Pero, en sí misma, es una virtud que el Espíritu ofrece a todos. Como tal, por tanto, la fe no es un carisma, es decir, uno de los dones especiales que el Espíritu "distribuye a cada uno en particular según su voluntad" (*1 Co* 12, 11; cf. *Rm* 12, 6); sino que es uno de los dones espirituales necesarios a todos los cristianos, el máximo de los cuales es la caridad: "Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (*1 Co* 13, 13).

Queda claro que la fe, según la doctrina de san Pablo, aun siendo una virtud, es ante todo un don: "A vosotros se os ha concedido la gracia de que (...) creáis en Cristo" (*Flp* 1, 29); y es suscitada en el alma por el Espíritu Santo (cf. *1 Co* 12, 3). Más aún, es una virtud por ser un don "espiritual", don del Espíritu Santo que hace al hombre capaz de creer. Y lo es ya desde su inicio, como definió el Concilio de Orange (529), al afirmar: "También el inicio de la fe, más aún, la misma disposición a creer... tiene lugar en nosotros por un don de la gracia, es decir, de la inspiración del Espíritu Santo, quien lleva nuestra voluntad de la incredulidad a la fe" (can. 5: *DS* 375). Dicho don tiene un valor definitivo, como dice san Pablo: "subsiste". Y está destinado a influir en toda la vida del hombre, hasta el momento de la muerte, cuando la fe encuentra su maduración con el paso a la visión beatífica.

3. San Pablo en su carta a los Corintios afirma la relación entre la fe y el Espíritu Santo, cuando les recuerda que su acceso al Evangelio tuvo lugar mediante la predicación, en la que obraba el Espíritu Santo: "Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder" (*1 Co* 2, 4). El Apóstol no se refiere sólo a los milagros que acompañaron su predicación (cf. *2 Co* 12, 12), sino también a las demás efusiones y manifestaciones del Espíritu Santo, que Jesús había prometido antes de la Ascensión (cf. *Hch* 1, 8). A Pablo el Espíritu le concedió, de modo especial en su predicación, no saber nada entre los Corintios "sino a Jesucristo, y éste crucificado" (*1 Co* 2, 2). El Espíritu Santo impulsó a Pablo a proponer a Cristo como objeto esencial de la fe, según el principio enunciado por Jesús en el discurso del Cenáculo: "El me dará gloria" (*Jn* 16, 14). El Espíritu Santo es, pues, el inspirador de la predicación apostólica. Lo dice claramente san Pedro en su carta: "Predican el Evangelio en el Espíritu Santo enviado desde el cielo" (*1 P* 1, 12).

El Espíritu Santo es también quien la confirma, como nos lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles cuando nos refieren la predicación de Pedro a Cornelio y a sus compañeros: "El Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra" (*Hch* 10, 44). Y Pedro aduce ese hecho como una aprobación de su acción al admitir a personas no judías a la Iglesia. El Espíritu mismo suscitó en aquellos paganos el deseo de acoger la predicación y los introdujo en la fe de la comunidad cristiana. Y también él, como hizo en el caso de Pablo, impulsa a Pedro a poner a Jesucristo en el centro de la predicación. Pedro declara sintéticamente: "Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder... y nosotros somos testigos de todo lo que hizo" (*Hch* 10, 38-39). Jesucristo es propuesto como aquel que, consagrado en el Espíritu, exige la fe.

4. El Espíritu Santo anima la profesión de la fe en Cristo. Según san Pablo, antes y por encima de todos los "carismas" particulares está el acto de fe, del que dice: "Nadie puede decir: '¡Jesús es Señor!' sino con el Espíritu Santo" (*1 Co* 12, 3). Reconocer a Cristo y, por tanto, seguirlo y dar testimonio de él, es obra del Espíritu Santo. Esta doctrina se encuentra en el Concilio de Orange, que hemos citado, y en el Concilio Vaticano I (1869-1870), según el cual nadie puede acoger la predicación evangélica "sin la iluminación y la inspiración del Espíritu Santo, que da a todos la docilidad necesaria para aceptar y creer en la verdad" (Const. *Dei Filius*, c. 3: *DS* 3010).

Santo Tomás, citando el Concilio de Orange, explica que la fe desde su inicio es don de Dios (cf. *Éf* 2, 8-9), porque "el hombre, al dar su asentimiento a las ver-

dades de fe, es elevado por encima de su naturaleza... y eso no puede realizarse si no es en virtud de un principio sobrenatural que lo mueve desde dentro, es decir, Dios. Por ello, la fe viene de Dios, que obra en el interior por medio de la gracia" (II-II, q. 6, a. 1).

5. Después del inicio de la fe, *todo su desarrollo posterior se realiza bajo la acción del Espíritu Santo*. De manera especial, la continua profundización de la fe, que lleva a conocer cada vez mejor las verdades que se creen, es obra del Espíritu Santo, quien da al alma una luz siempre nueva para penetrar el misterio (cf. *Santo Tomás*, II-II, q. 8, aa. 1 y 5). Lo escribe san Pablo a propósito de la "sabiduría que no es de este mundo", concedida a quienes caminan de acuerdo con las exigencias del Evangelio. Citando algunos textos del Antiguo Testamento (cf. *Is* 64, 3; *Jer* 3, 16; *Si* 1, 8), quiere mostrar que la revelación recibida por él y por los Corintios supera incluso las más altas aspiraciones humanas: "Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios" (*1 Co* 2, 9-10). "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado" (*1 Co* 2, 12). Por tanto, entre los maduros en la fe, "hablamos de sabiduría" (*1 Co* 2, 6), bajo la acción del Espíritu Santo, que lleva a un descubrimiento siempre nuevo de las verdades contenidas en el misterio de Dios.

6. La fe requiere una vida que esté de acuerdo con la verdad reconocida y profesada. Según san Pablo, esa fe "actúa por la caridad" (*Ga* 5, 6). Santo Tomás refiriéndose a este texto de san Pablo, explica que "la caridad es la forma de la fe" (II-II, q. 4, a. 3), o sea, el principio vital, animador, vivificante. De él depende que la fe sea una virtud (*ib.*, a. 5) y que dure en una adhesión creciente a Dios y en las aplicaciones al comportamiento y a las relaciones humanas, bajo la guía del Espíritu.

Nos lo recuerda el Concilio Vaticano II, que escribe: "Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente a la fe... y penetra más profundamente en ella con juicio certero, y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio" (*Lumen gentium*, 12). Se comprende, por ello, la exhortación de san Pablo: "Caminad según el Espíritu" (*Ga* 5, 16). Se comprende también la necesidad de la oración al Espíritu Santo para pedirle que nos dé la gracia del conocimiento y de la conformidad de la vida con la verdad conocida. Así, en el himno "Veni, Creator Spiritus" le pedimos, por una parte: "Per te sciamus de Patrem"... "Danos a conocer al Padre, y también al Hijo..."; pero, por otra, le suplicamos: "Infunde lumen sensibus"... "Ilumina nuestros sentidos; penetra de amor nuestros corazones; refuerza nuestros cuerpos débiles con tu fuerza. Aleja a nuestro enemigo; danos la paz del alma; haz que, bajo tu guía, evitemos todos los peligros". Y en la *Secuencia de Pentecostés*, le confesamos: "Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro"; para luego pedirle: "Lava lo que está manchado; riega lo que es árido; sana lo que está herido; dobla lo que es rígido; infunde calor a lo que está frío; endereza lo que está torcido...". En la fe ponemos bajo la acción del Espíritu Santo toda nuestra vida.

EL ESPÍRITU SANTO, PRENDA DE LA ESPERANZA ESCATOLÓGICA Y FUENTE DE LA PERSEVERANCIA FINAL

CATEQUESIS MIÉRCOLES 3 DE JUNIO EN LA SALA PABLO VI

En el sentido restrictivo de don particular o extraordinario, concedido a algunos para el bien de la comunidad, sino como don del Espíritu Santo ofrecido a todo hombre que en la fe se abre a Cristo. A este don hay que prestarle una atención particular, sobre todo en nuestro tiempo, en el que muchos hombres, y no poco cristianos, se debaten entre la ilusión y el mito de una capacidad infinita de auto-redención y de realización de sí mismos, y la tentación del pesimismo al sufrir frecuentes decepciones y derrotas.

La esperanza cristiana, aunque incluye el movimiento psicológico del alma que tiende al bien arduo, se coloca en el nivel sobrenatural de las virtudes que derivan de la gracia (cf. *Summa Theol.*, III, q. 7, a. 2), como don que Dios hace al creyente para la vida eterna. Es, por tanto, una virtud típica del *homo viator*, el hombre peregrino que, aunque conoce a Dios y la vocación eterna por medio de la fe, no ha llegado aún a la visión. La esperanza, en cierto modo, lo hace "penetrar más allá del velo", como dice la carta a los Hebreos (cf. 6, 19).

2. De aquí que la dimensión escatológica sea esencial en esta virtud. El Espíritu Santo vino en Pentecostés para cumplir las promesas contenidas en el anuncio de la salvación, como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*: "Y exaltado [Jesús] por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Es-

1. Entre los dones mayores, que según escribe san Pablo en la carta a los Corintios son permanentes, está la esperanza (cf. *1 Co* 12, 31). Desempeña un papel fundamental en la vida cristiana, al igual que la fe y la caridad, aunque "la mayor de todas ellas es la caridad" (cf. *1 Co* 13, 13). Es evidente que no se ha de entender la esperanza

en el sentido restrictivo de don particular o extraordinario, concedido a algunos para el bien de la comunidad, sino como don del Espíritu Santo ofrecido a todo hombre que en la fe se abre a Cristo. A este don hay que prestarle una atención particular, sobre todo en nuestro tiempo, en el que muchos hombres, y no poco cristianos, se debaten entre la ilusión y el mito de una capacidad infinita de auto-redención y de realización de sí mismos, y la tentación del pesimismo al sufrir frecuentes decepciones y derrotas.

La esperanza cristiana, aunque incluye el movimiento psicológico del alma que tiende al bien arduo, se coloca en el nivel sobrenatural de las virtudes que derivan de la gracia (cf. *Summa Theol.*, III, q. 7, a. 2), como don que Dios hace al creyente para la vida eterna. Es, por tanto, una virtud típica del *homo viator*, el hombre peregrino que, aunque conoce a Dios y la vocación eterna por medio de la fe, no ha llegado aún a la visión. La esperanza, en cierto modo, lo hace "penetrar más allá del velo", como dice la carta a los Hebreos (cf. 6, 19).

En esta perspectiva, san Pablo afirma que el don del Espíritu Santo es como prenda de la felicidad futura: "Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria" (*Ef* 1, 13-14; cf. 4, 30; *2 Co* 1, 22).

Se puede decir que la vida cristiana en la tierra es como una iniciación en la participación plena en la gloria de Dios; y el Espíritu Santo es la garantía de alcanzar la plenitud de la vida eterna cuando, por efecto de la

Redención, sean vencidos también los restos del pecado, como el dolor y la muerte. Así, la esperanza cristiana no sólo es garantía, sino también *anticipación de la realidad futura*.

3. La esperanza que el Espíritu Santo enciende en el cristiano tiene, asimismo, una dimensión que se podría llamar cósmica, pues incluye la tierra y el cielo, lo experimentable y lo inaccesible, lo conocido y lo desconocido. "La ansiosa espera de la creación —escribe san Pablo— desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo" (Rm 8, 19-23). El cristiano, consciente de la vocación del hombre y del destino del universo, capta el sentido de esa gestación universal y descubre que se trata de la adopción divina para todos los hombres, llamados a participar en la gloria de Dios que se refleja en toda la creación. El cristiano sabe que ya posee las primicias de esta adopción en el Espíritu Santo y, por eso, mira con esperanza serena el destino del mundo, aun en medio de las tribulaciones del tiempo.

Iluminado por la fe, comprende el significado y casi experimenta la verdad del pasaje sucesivo de la carta a los Romanos, en el que el Apóstol nos asegura que "el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mis-

mo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios. Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que lo aman; de aquellos que han sido llamados según su designio" (Rm 8, 26-28).

4. Como se puede ver, el Espíritu Santo vive, ora y obra en el sagrario del alma, y nos hace entrar cada vez más en la perspectiva del fin último, que es Dios, conformando toda nuestra vida a su plan salvífico. Por eso, él mismo, *orando en nosotros*, nos hace orar con sentimientos y palabras de hijos de Dios (cf. Rm 8, 15. 26-27; Gal 4, 6; Ef 6, 18), en íntima relación espiritual y escatológica con Cristo, quien está sentado a la diestra de Dios, desde donde intercede por nosotros (cf. Rm 8, 34; Hb 7, 25; 1 Jn 2, 1). Así, nos salva de las ilusiones y de los falsos caminos de salvación; moviendo nuestro corazón hacia el objetivo auténtico de nuestra vida, nos libera del pesimismo y del nihilismo, tentaciones particularmente insidiosas para quien no parte de premisas de fe o, por lo menos, de una búsqueda sincera de Dios.

Es necesario añadir que también el cuerpo está implicado en esta dimensión de esperanza que el Espíritu Santo da a la persona humana. Nos lo dice, una vez más, san Pablo: "Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesucristo de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rm 8, 11; cf. 2 Co 5, 5). Por ahora contentémonos con haber presentado este aspecto de la esperanza en su dimensión antropológica y personal, pero también cósmica y esca-

tológica; volveremos a abordarla en las catequesis que, si Dios quiere, dedicaremos a su debido tiempo, a estos artículos fascinantes y fundamentales del Credo cristiano: la resurrección de los muertos y la vida eterna de todo el hombre, alma y cuerpo.

5. Una última observación: el itinerario terreno de la vida tiene un término que, si se llega a él en la amistad con Dios, coincide con el primer momento de la vida bienaventurada. Aunque en su paso al cielo el alma tenga que sufrir la purificación de sus últimas escorias mediante el purgatorio, ya está llena de luz, de certeza y de gozo, puesto que sabe que pertenece para siempre a su Dios. En este punto culminante, el alma es guiada por el Espíritu Santo, autor y dador no sólo de la "primera gracia" justificante y de la gracia santificante a lo largo de toda nuestra vida, sino también de la gracia glorificante *in hora mortis*. Es la gracia de la *perseverancia final*, según la doctrina del Concilio de Orange (cf. Denz. 183, 199) y del Concilio de Trento (cf. Denz. 806, 809 y 832), fundada en la enseñanza del Apóstol, según el cual Dios es quien concede "el querer y el obrar" el bien (Flp 2, 13), y el hombre debe orar para obtener la gracia de hacer el bien hasta el final (cf. Rm 14, 4; 1 Co 10, 12; Mt 10, 22; 24, 13).

6. Las palabras del apóstol Pablo nos enseñan a ver en el don de la Ter-

cera Persona divina la garantía del cumplimiento de nuestra aspiración a la salvación: "La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5). Y por eso: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?". La respuesta es segura: nada "podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rm 8, 35. 39). Por tanto, el deseo de Pablo es que rebosemos "de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo" (Rm 15, 13). Aquí reside el optimismo cristiano: optimismo frente al destino del mundo, frente a la posibilidad de salvación del hombre en todos los tiempos, incluso en los más difíciles y duros, y frente al desarrollo de la historia hacia la glorificación perfecta de Cristo ("él me dará gloria": Jn 16, 14) y la participación plena de los creyentes en la gloria de los hijos de Dios.

Con esta perspectiva, el cristiano puede tener la cabeza erguida y asociarse a la invocación que, según el Apocalipsis, es el suspiro más profundo que el Espíritu Santo ha suscitado en la historia: "El Espíritu y la novia dicen: '¡Ven!' (22, 17). Esta es la invitación final del Apocalipsis y del Nuevo Testamento: "Y el que oiga diga: '¡Ven!'". Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida (. . .). ¡Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 17. 20).

Discursos

PLENA SINTONIA Y FILIAL SUMISION A LOS OBISPOS Y AL PAPA

**A
LOS SUPERIORES
GENERALES DE
ORDENES Y CONGREGACIONES
QUE TRABAJAN EN
AMERICA LATINA**

Se ha celebrado en Roma, en la Sede de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, una reunión sobre los problemas inherentes a la vida consagrada en América Latina. Presidía el cardenal Jean Jérôme Hamer, o.p., prefecto de dicho dicasterio; participaron: mons. Alberto Bovone, secretario de la Congregación para la doctrina de la fe; mons. Justin Francis Rigali, secretario de la Congregación para los obispos; el nuevo secretario de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, mons. Francisco Javier Errázuriz, de los padres de Schönstatt; mons. Cipriano Calderón, vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina; mons. Paolo Romero, nuncio apostólico en Colombia; cinco superiores generales y cinco superiores generales. Al final de la reunión tuvieron un encuentro con Juan Pablo II, quien les dirigió el discurso que ofrecemos a continuación.

Señor cardenal, amadísimos hermanos y hermanas:

Me es particularmente grato poder encontrarme hoy con usted y con una cualificada representación de superiores y superiores mayores de congregaciones religiosas que tienen muchos miembros dedicados al trabajo apostólico en América Latina.

En este espíritu de afecto por la Iglesia que aúna voluntad y sentimientos, siento el deber, como sucesor de la Cabeza del Colegio apostólico a quien Jesús confió la unidad y la guía de su grey, de manifestar alegría y a la vez alguna preocupación acerca de la presencia y la actividad de los religiosos en aquel continente.

En primer lugar, vuestra presencia como responsables de familias religiosas muy extendidas en América Latina, me hace revivir momentos conmovedores e inolvidables, vividos en los encuentros con vuestras comunidades, durante mis viajes apostólicos.

En vosotros veo hoy a los representantes de numerosos grupos de hombres y mujeres que, fieles al carisma de la propia congregación, se han consagrado a Cristo y luego han contribuido también profundamente a la obra de la evangelización de América Latina. Así, se han convertido en pioneros de

una nueva civilización basada en la palabra del Señor y en el sacrificio de la Cruz, en la cual la ley suprema es la del amor. Ellos han contribuido eficazmente a sembrar la semilla, que luego ha crecido como árbol frondoso, en las Iglesias particulares, que se presentan actualmente ante nosotros en toda su vitalidad.

En vosotros veo y saludo hoy a los miles y miles de religiosos y religiosas que, después de haber dejado su tierra, casa, padre y madre, hermanos y hermanas, con entrega generosa y abnegación anuncian mediante la palabra y su propia vida la Buena Nueva del reino de Dios, como instrumentos que traducen en obras el amor de Dios y la solicitud de la Iglesia por el hombre latinoamericano, como he escrito a todos los religiosos y religiosas de América Latina en la Carta apostólica del pasado 29 de junio (n. 3). Tengo bien presente su trabajo humilde y escondido al servicio de una humanidad pobre, a menudo olvidada y abandonada. Esta es una presencia bendita, preciosa a los ojos del Señor. Ellos, fieles y válidos colaboradores de las Iglesias particulares, siguen las orientaciones de sus pastores, a quienes compete como sucesores de los Apóstoles gobernar la porción del pueblo de Dios a ellos confiada, tanto de modo directo como de forma conjunta (deseo recordar ahora, en particular, las Asambleas generales del Episcopado latinoamericano en Medellín y Puebla), y se esfuerzan por traducir en gestos concretos y en acción pastoral el amor preferencial que la Iglesia, siguiendo la enseñanza del divino Maestro, tiene por los más pobres y abandonados.

En este encuentro que nos presenta nuevos horizontes para la vida de la Iglesia en América Latina y me ofrece motivos de verdadero consuelo, no puedo dejar de haceros partícipes

de mi viva preocupación por algunos aspectos menos tranquilizadores que inciden profundamente en la vida de los religiosos y causan también repercusiones negativas dentro de toda la comunidad eclesial. Toda la grey debe docilidad y fidelidad a los legítimos responsables del gobierno de las Iglesias particulares, como nos enseña la fe católica, pero es sobre todo deber de los religiosos que "reveren y amen con espíritu filial a los pastores", como dice el Decreto conciliar *Perfectae caritatis* (n. 6). En él está también el urgente llamado a los religiosos: "Vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a la misión de ella" (ib.).

Lamentablemente existen fundados motivos para afirmar que no sólo algunos grupos religiosos no son diligentes en buscar y fomentar esta comunión eclesial, que el Señor ha querido confiar a la guía de los Apóstoles y de sus sucesores, sino que a veces promueven iniciativas paralelas y en ocasiones abiertamente contrarias a las directrices del Magisterio eclesial. Las federaciones nacionales de los religiosos y las religiosas, y la misma CLAR (Confederación latinoamericana de los religiosos), son organismos muy útiles para promover una colaboración más eficaz para el bien de la Iglesia (cf. *Perfectae caritatis*, 23). Pero las directrices dadas para su recto funcionamiento no siempre han sido acogidas con generosa docilidad. Y esto, obviamente, ha sido causa de preocupación y de dolor.

En un momento tan significativo para la vida de la Iglesia, mientras nos preparamos para celebrar el V Centenario de la evangelización del Nuevo Mundo, tengo particular interés en compartir con vosotros y, por medio vuestro, con todos los religiosos dedicados a la construcción del reino de Dios en América Latina, la solicitud